

Relatos de los Miedos

historias que se escuchan

Viviana Marchetti
Arianna Piccioni
(Compiladoras)



UNR
EDITORA

Relatos de los miedos : historias que se escuchan / Camila Acuña ...
[et al.] ; compilación de Ariana Piccioni ; Viviana Marchetti. -
1a ed. - Rosario :
UNR Editora, 2023.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-702-638-2

1. Memorias. 2. Comunicación. I. Acuña, Camila. II. Piccioni, Ariana,
comp. III. Marchetti, Viviana, comp.
CDD 302.23

Compiladoras:

Lic. Viviana Marchetti

Lic. Arianna Piccioni

Edición de textos:

Cátedra Redacción I - Lic. en Comunicación Social (UNR)

Edición de audios:

Cátedra Expresión Oral - Lic. en Comunicación Social (UNR)

Diseño y maquetación:

Lic. Arianna Piccioni

Lic. Viviana Marchetti



Prólogos

Relato en primera persona

A 40 años de la recuperación de la democracia y 50 años de creación de nuestra facultad, construimos colaborativamente este nuevo ebook: "Relato de los miedos, historias que se escuchan", nunca más oportuno en un momento en el que nos encontramos con una democracia que pareciera no haber podido sembrar la memoria colectiva. Una memoria de derechos conquistados, de calles ganadas, de lucha y resistencia, de universidad pública gratuita, hoy amenazados.

Esta tercera entrega de relatos trata de poner en palabras aquello que nos provoca miedo, o que lo provocó en algún momento de nuestras vidas, que se suavizan por momentos, que a veces cambian, se actualizan.

De la lectura de los relatos aparece, en su mayoría, una impronta individual muy fuerte, sólo unos pocos trascienden lo subjetivo para pensar en lo colectivo.

Aparecen nuevos miedos como a la Inteligencia Artificial, y otros más cotidianos como al pánico escénico, a la pérdida de la infancia, el miedo a lo sobrenatural, a la pérdida de los recuerdos...

"Relatos de los miedos" es el tercer ebook de una trilogía que comenzó allá por el 2021, con "Relatos y sabores", en el 2022 "Relatos y pasiones" y el 2023 el que estamos compartiendo.

Para quienes no han leído los anteriores, esta es una obra colaborativa, una producción de historias que se escuchan a través de la palabra de los propios autores, en su propia voz o a través de un lector de pantalla, ya que está diseñado en un formato accesible para personas con discapacidad visual o baja visión.

A lo largo de estos tres años hemos recibido múltiples colaboraciones, las de los familiares de los estudiantes, las de narradores, músicos y actores rosarinos, y la de docentes de la facultad que en forma desinteresada han brindado sus voces y/o han incluido en sus clases la actividad de escribir un relato de algo muy sentido, que nos atraviesa en un sentido tan amplio como profundo. Quién no recuerda un sabor, un aroma, una pasión, un miedo de la infancia, lo que marcó o marca nuestras vidas.

Elegimos temáticas que nos convocaran a poner en palabras sentimientos, sensaciones, algunas tan profundas e íntimas que los estudiantes pidieron no publicar; y fuimos respetuosos de ello.

“Relatos de los miedos” trata de un viaje hacia adentro, a pensar lo que dejó una marca, o que aún late, asola, se renueva. De la lectura de los relatos surgen exclamaciones, “ay ...” “cuánta angustia...”, “pobre...” y un recuerdo a nuestros propios miedos de la infancia, de la adolescencia, actuales.

La actriz y narradora Mónica Alfonso junto al equipo de docentes de la cátedra Redacción I realizaron una cuidada selección de textos de Casciari, Andruetto, Galeano, Saint Exupery, Guerriero, Tamaus, Domina, que funcionaron como disparadores para poner en palabras los miedos y encontrar una forma de compartirlos.

Agradezco la apertura de todos los estudiantes, los que pudieron y no pudieron compartir sus miedos a través de un relato.

Aplaudo la iniciativa de los equipos de las cátedras de Redacción I y Expresión Oral por sumarse a esta idea, aportarle valor y participar comprometidamente en la producción de sus estudiantes y posterior selección de los relatos.

Celebro además el gesto amoroso de Mariela Daneri que se entusiasmó e impulsó esta iniciativa desde la Secretaría de Extensión, desde el principio.

Finalmente agradezco a la Secretaría de Cultura de la Muni: a Dante Taparelli, a Sebastián Bosch, a Federico Tinivella y a mis queridas amigas Mónica Alfonso y Mate Sullivan, que apostaron nuevamente a un proyecto colectivo, que se aloja en los repositorios de la Biblioteca Municipal “Dr. Juan Álvarez” y de nuestra universidad, para que pueda ser compartido por un universo de lectores.

Mi miedo

Ay si habré tenido miedos y aun siguen actualizándose en mi vida.
Ese miedo que me persigue desde pequeña se fue debilitando en algunos momentos, pero cada tanto golpea mi puerta. Les comparto algo que escribí, respecto a mi miedo:

Mi miedo es una ráfaga que sacude
una mujer enjuta y descarnada
de negros y grises.
Es no saber qué hay más allá.
Golpea las noches,
Sacude la siesta
sin la certeza del despertar.

Mi miedo es la finitud
el transcurso del tiempo,
la pérdida de la memoria
personal y colectiva
la vida no vivida,
lo que no voy a poder ver..
El olvido,
la quietud y la oscuridad
Dejar de respirar

Mi miedo es la palabra amorosa no dicha
la mano que no alcanzó a tenderse,
lo que pudo ser, y no será
el no volverte a ver
la muerte descontando días en el calendario.

Viviana Marchetti. Secretaria de Extensión.
Facultad de Ciencia Política y RRII.

El mundo del escritor

Mauricio Mayol

Docente Cátedra Redacción I

Decía Ricardo Piglia que la narración es lo contrario a la simple información, porque la narración nos ayuda a incorporar la historia en nuestra propia vida y a vivirla como algo personal. (Piglia, La forma inicial, 2015)

Cuando la pandemia invadió nuestras vidas, los docentes de Redacción nos preguntamos cómo incorporar esta experiencia que modificaba nuestros hábitos de trabajo y aprendizaje y buscamos formas creativas de resolver una necesidad propia de nuestra actividad: redactar textos.

Para nuestros estudiantes, narrar lo que les pasaba y cómo transitaban el confinamiento fue una forma de compartir sus emociones escribiendo sobre ellas y de estar con los demás aunque sea en ausencia. Les permitió construir vínculos con la realidad, con lo que vendrá, a través de la palabra escrita, la imaginación y la creatividad.

Y así, compartir espacios virtuales con otros estudiantes y con otras áreas de expresión en Comunicación, abrió un abanico de posibilidades donde los estudiantes transitaron y experimentaron un proceso de aprendizaje que se repitió durante tres periodos y dio origen a innumerables relatos de lo cotidiano.

El recuerdo y la imaginación partieron desde temas comunes a todos los seres humanos; relatar la memoria de los sabores de la infancia, la conexión con otras generaciones, las comidas, los momentos compartidos que nos marcaron y nos incluyen como parte de una herencia cultural.

Las pasiones que representan la realidad a través de los sentidos, exploraron la dimensión emocional de la escritura e introdujeron en los relatos esa variable personal, subjetiva que nos hizo ver reflejados en ellos. Escapamos por un rato del mandato de no incluir la mirada en nuestros escritos, donde los hechos se relatan desde afuera, transmiten lo que otros vieron y garantizan la calidad necesaria para ser considerados periodísticos. En este marco, incluir la pasión en los relatos enriqueció nuestras formas de redactar textos.

Escribir sobre los miedos que vivimos como síntoma de época, introdujo otra dimensión a nuestra experiencia de relatar el mundo desde la subjetividad: la de pensar el futuro. Cómo nos imaginamos los comunicadores en unos años el mundo que nos tocará relatar, por momentos no fue una buena visión. La incertidumbre sobre el futuro apareció en primer plano y la imaginación construyó puentes entre el miedo y el optimismo con el que contaremos esas nuevas historias. Los acontecimientos que nos tendrán como testigos, las realidades posibles, las dimensiones virtuales, la inteligencia artificial, un mundo donde los recursos naturales y la vida en el planeta no brindaron una visión optimista para las próximas generaciones.

Todo ello se evidenció en los relatos que nuestros estudiantes compartieron con nosotros a la vez que experimentaron un tipo de escritura menos atada y estructurada, más personal y creativa.

Con esta experiencia desarrollamos, estudiantes y docentes, una faceta que nos vinculó con el mundo de los escritores y permitió a los estudiantes publicar sus textos y ser leídos por otros, quizás la mayor barrera que enfrentan en algún momento los escritores. Y si arriesgamos haciendo intervenir la subjetividad y la fantasía en nuestros relatos, con este salto los estudiantes conectaron con el escritor, con el autor que todos tenemos dentro.

Narrar con voz propia

Graciela "Gachy" Santone

Docente Cátedra Expresión Oral

La narración resulta la forma expresiva más convocante de la oralidad. Se ponen en juego la experiencia, lo vivido, y el modo como se lo cuenta. Con gestos, miradas, silencios, desplazamientos, emociones. El qué y el cómo. Contenido y forma en modo activo.

Cuando la narración se hace en primera persona es una tarea muy motivadora y a la vez muy movilizante.

El proyecto "Relatos y Sabores. Historias que se escuchan" surgido como iniciativa colectiva durante el año 2021, en plena pandemia, implicó una tarea para la cátedra de gran disposición por ser la instancia naturalmente activa en el lenguaje narrativo. Fue una actividad muy estimulante para quienes comenzaban a estudiar en el ámbito universitario.

En principio, los relatos se trabajaron desde la cátedra de Redacción I. A partir de allí en Expresión Oral la tarea se encaminó hacia la grabación de esos relatos. Es decir: narrarlos oralmente poniendo en acción los recursos expresivos de la voz que se habían desarrollado en las primeras unidades de la asignatura.

Con ese objetivo pudimos contar con la participación de Mónica Alfonso, reconocida actriz y narradora quien brindó una capacitación de lectura interpretativa bajo el título "Del decir al sentir" a través de módulos vía Meet. Esos módulos posteriormente se compartieron en las clases y de esa manera se reforzaron los conceptos incorporados en la cátedra con la mirada de quien trabaja permanentemente la expresión desde la actuación.

El resultado de este intercambio fue muy valioso y evidente en los ensayos previos realizados a través de los encuentros virtuales. Se dieron en ellos momentos de gran emotividad, porque en esos relatos ya escritos, revisados y confirmados, al ponerles la voz, se llenaron de recuerdos, evocación y mucha sensibilidad. Los recuerdos de sabores y aromas se hicieron muy presentes en un momento histórico en el cual muchos sufrían enormes ausencias.

Así, llegó la instancia de la grabación que se hizo de forma muy artesanal con sus teléfonos celulares o sus computadoras, algunos en sus pueblos, otros desde sus casas o departamentos.

Además una característica muy particular que tuvo este proyecto fue el de incorporar las voces de algún familiar que pudiera dar la receta. De esa manera se transformó en una buena excusa de acercamiento con gente querida, que el aislamiento impedía.

Es de destacar la tarea que tuvieron las y los ayudantes de cátedra para orientar la mejor manera de optimizar las grabaciones, facilitando herramientas y procedimientos para la resolución.

Todo este camino hizo que el día que finalmente pudimos presentarlo en la Facultad en el marco del Congreso sobre Democracia, protocolos mediante, nos sintiéramos con mucha emoción por el logro de un gran trabajo de equipo y de poner en circulación historias personales contadas por sus protagonistas y de un gran contenido.

Para el segundo tramo de estos Relatos, ya con el reencuentro presencial, el eje fueron las Pasiones, cuya respuesta fue un universo de sorpresas sobre aquello que apasionaba a nuestras y nuestros estudiantes. La presencialidad nos permitió una vez escritos y revisados los relatos grabarlos en el Laboratorio Sonoro. Contamos con la colaboración de quienes están a cargo de la operación técnica disponiendo de horarios para hacer las grabaciones, y nuevamente de los y las ayudantes de cátedra.

En cuanto a la sonoridad de los relatos, los tonos fueron más definidos con más énfasis en el eje elegido: la pasión. Tal energía también se evidenció en la presentación del ebook que fue una convocatoria muy numerosa de narradoras y narradores en el Congreso sobre Democracia nuevamente.

En la tercera y última etapa de este proyecto, el eje ha sido el miedo, ese sentimiento que puede inhibir o limitarnos en nuestras acciones. En este tramo convocamos nuevamente a Mónica Alfonso para realizar un seminario presencial para quienes participaron de este proyecto. Se realizó en dos encuentros contraturno (uno por la noche y otro por la mañana). A través de conceptos y ejercicios con textos brindó recursos a las y los alumnos que significaron una exploración de sus recursos expresivos.

Lejos de transformar en profesionales de la locución o de la actuación, estos encuentros permitieron fortalecer el contenido de los relatos cuyo resultado ha sido notable. En las grabaciones se percibe un alto grado de compromiso expresivo.

Una experiencia que para Expresión Oral ha sido todo un desafío. Con virtualidad y con presencialidad. Y, sobre todo, para jerarquizar a través de la sonoridad el relato de un contenido tan personal como los que se han dispuesto en estos tres años.

Ha sido un camino de encuentro del área de los Lenguajes y un proceso de trabajo muy gratificante y emotivo que nos posibilitará otros proyectos.

Exponer con placer y totalidad la palabra

Mónica Alfonso

Actriz y narradora rosarina

En mi adolescencia vivía disfrutando de los teatros vocacionales de esa época. En realidad soñaba con poder estar arriba de los escenarios protagonizando a algún personaje.

Ese era mi sueño imposible.

Jamás me hubieran permitido ser parte de algún elenco, y yo me conformaba sin discutir. Pasó el tiempo, obtuve el empuje necesario y de golpe pude actuar.

¿Qué sabía sobre eso? Nada.

Pero intuía desde el comienzo que el secreto de la buena interpretación era para mí ser lo más natural posible al transformarme sentir de verdad cada personaje.

A partir de allí, en los instantes que dura la actuación, yo dejo de existir.

La forma de hablar, de moverme, de sentir es la que pertenece al sujeto que interpreto. Debo actuar con emoción, vivirlo intensamente. Cada gesto está habitado por ese otro.

Cuando invento lo que escribo o leo al público un texto propio o no, recurro a casi idénticos recursos. Lo primero es analizar el material varias veces, hasta encontrar cuál es su mensaje. No importa si concuerdo o no con el autor, a partir de allí distingo si es cómico, dramático, melancólico u otras posibilidades.

Voy a interpretar con las características señaladas, recurro a esa emoción, la pienso, la vivo, busco situaciones personales que coinciden con ello y me ayudan a componer.

Al terminar la actuación, la lectura o el escrito, recapacito sobre el resultado.

¿Qué sentimientos me provocaron? ¿Cuáles objetos utilicé? ¿Qué sucedió con el espacio, con mi cuerpo? La expresión teatral, la escritura personal o la lectura individual, relatarán con verdad lo inventado, lo imaginado, lo vivido. Esas tres maneras de exponer deben implicar un placer por las palabras, una necesidad de otorgarles la profundidad, la modulación, el perfecto nivel de voz que nos permitan saborear la experiencia, percibir intenciones y sugerir un mundo a veces inesperado. Centrándome en las dos posibilidades más comunes, la escritura personal y la lectura individual, quiero ocuparme del desarrollo óptimo de la última consigna dada al grupo de alumnos de primer año de comunicación social: los miedos.

Lo primero y más interesante a destacar son las diferentes miradas que el motivo brindó. Miedos comunes, no inesperables, incomprensibles, conocidos y continúa así una amplia gama. No hay duda que la elección del término otorgó interés, despertó miradas, profundizó en el interior de cada uno. Logró rápidamente encontrar la manera de vehicular sentimientos relacionados al tema.

Y cuando de esto hablo, por supuesto en penumbra, percibo juicios y significados, razones y pasiones, todas escondidas en el interior de cada uno, pero dispuestos a exponerlas.



Relatos

El miedo de encontrar mis miedos

Candela Sagripante

¿A qué le tengo miedo?, esa fue la pregunta que coronaba mi borrador. Quería sorprenderlos con algún miedo oculto, algo original e incluso digno de una película de terror. Pero llegué a la conclusión de que es una pregunta muy difícil de responder. No por una cuestión de negación, sino, por el contrario, nunca me tomé el tiempo de sentarme a conversar conmigo misma sobre mis miedos.

En primer lugar, fui por miedos más universales, quizá hasta infantiles: ¿la oscuridad?, ¿el monstruo adentro del ropero?, ¿los fantasmas?; nada de eso me daba miedo hoy en día.

Seguí buscando preguntas para formular una respuesta y poder avanzar con este relato, ¿me da miedo la muerte?, ¿la soledad?, ¿Dios?

Llena de frustración, tachaba pregunta tras pregunta, nada de eso me daba miedo. No hoy.

De pronto, casi convencida de que sí encontré mi mayor miedo, escribí en mayúsculas muy grandes: ¡INSECTOS!

Pero minutos más tarde noté que no era un miedo como tal, sino un rechazo muy grande a matarlos con una zapatilla.

Entonces comencé a analizar, ¿qué es el miedo? porque existen varios tipos de miedos, están esos que no te dejan respirar, que te sacan el aliento y te paralizan. Y, también están esos miedos que suenan como vocecitas en tu cabeza, disfrazados de negatividad e inseguridades.

Pienso, entonces, que el miedo es generacional; que de niños la oscuridad era el miedo por excelencia, y luego elige transformarse en aceptación social cuando somos adolescentes y ya de viejos vuelve en forma de miedo a la muerte.

Pero nada de esto respondía a mi duda principal, no sabía a qué realmente le tenía miedo.

Me sentí derrotada, miraba esta página que hasta no hace mucho estaba en blanco, y luego observaba mis borradores ya ilegibles entre tanta tinta y garabatos. Era un duelo de miradas, en donde yo llevaba las de perder.

¿Perder?, una puerta enorme se abrió frente a mis ojos.

Y de repente lo supe, ahí estuvo todo el tiempo pero no podía verlo. Cuando lo encontré, empezaron a caer como fichas de dominó el resto de mis miedos. Inocente yo que hablaba en singular de ellos.

Me asusta que mi yo del futuro vea con arrepentimiento a mi yo del pasado, sentir que perdí. Que perdí tiempo, que perdí oportunidades, que me perdí; me causa terror suponer que el día de mañana mis logros no serán suficientes para hacerme sentir conforme y a gusto con mis decisiones.

Pero, sobretodo, me da un miedo casi indescriptible el decepcionar y el decepcionarme.

Fue ahí, luego de hacer una minuciosa lista con mis miedos que entendí que estaba llena de miedos. Algunos más grandes que otros, pero el que ocupaba la cúspide de esta pirámide, era el miedo de encontrarlos. El dar ese paso sin retorno hacia un mundo oculto (o quizá no tanto).

*(...) están esos miedos que suenan como
vocecitas en tu cabeza (...)*

Cobardía de la débil exposición

Martina Belardinelli

Es difícil encontrar un método para hablar sobre la profundidad de nuestra alma y el miedo que en ella se encuentra. También lo es poder pronunciar el sentir ante un lector.

Cuando se trata de un tema relevante como lo son las emociones y el miedo a sentir vulnerabilidad, esa dificultad imposibilita la expresión.

En la sociedad actual, revelar nuestra verdadera naturaleza o mostrar vulnerabilidad a menudo se percibe de manera negativa, esto no solo genera desaprobación por parte de nuestro entorno, sino que también aumenta nuestro propio malestar.

Sentirse vulnerable hace referencia a un estado psicológico en el que somos conscientes de una herida emocional que en determinados momentos creemos no poder superar. Existen personas a las que les resulta difícil exteriorizar tanto sus pensamientos como sus sentimientos. Todos podemos experimentar miedos, pero aquel que resuena más en nuestro corazón será el más predominante. Éste el caso...

Elegí el miedo a la vulnerabilidad principalmente porque es un tema del cual me privé de hablar por muchísimo tiempo, pero hoy, frente a ustedes, estoy preparada para hacerlo.

Fue un proceso arduo darme cuenta de que no todos compartimos el mismo nivel de sensibilidad emocional y de que las emociones no siempre reciben la importancia que merecen. Es doloroso esperar cosas que nunca sucederán y no podemos hacernos responsables de las acciones de los demás. No debemos cargar con la culpa de que los sentimientos no sean correspondidos; abrirse emocionalmente no es algo que todos puedan manejar fácilmente, y resulta difícil de comprender para aquellos que realmente se afligen, preocupan y conmueven por los demás.

Genera un sentimiento mísero también ver que las emociones no se expresan cómo se deberían, la lejanía de las personas para con los demás se vuelve un sentimiento marchito y pareciera ser que cada día el valor de la empatía desaparece, poco a poco...

Puedo considerarme una persona de emociones y sentimientos profundos, sin embargo, siempre mantuve el efecto y sensación bajo un estricto auto-control. Aunque actúe con frialdad y disimulo, bajo ese aparente desinterés se esconde un enigmático volcán.

En el centro de todo estaba mi mente, una oscuridad engañosa que habitaba en su interior. Albergaba un pensamiento sombrío: ¿Merezco realmente experimentar tal intensidad? ¿Debería compartirlo con los demás?"

Pude darme cuenta que había tomado la frialdad como un mecanismo de defensa para no sentirme herida si mis sentimientos no eran recíprocos cuando me mostrara vulnerable.

Gracias a eso me cerré muchísimo con las personas que me rodeaban, eso trajo negatividad a mi vida; ya que esas sensaciones y pensamientos que ocultaba dentro mío por miedo al rechazo se convertían en un incomprensible malestar. De alguna manera trataba de mostrar una supuesta fortaleza y actuaba como si no le tomara importancia a ningún asunto que implicara percibir o transmitir afección. Y no era así realmente, bajo ningún punto de vista.

Después de tanto, pude entender que no estaba mal el sentir y exponerlo, el accionar por otra persona, mostrar cariño o entrometerme si se trataba de una preocupación ajena. Y que tampoco debía sentirme culpable si lo hacía. Pensaba que, si me mostraba sensible ante los demás, era una persona débil que daba paso a que la lastimasen. Pero luego entendí que las personas realmente fuertes son las que se permiten sentirse vulnerables.

¿Cómo podría una persona sentir tanto y no comunicarlo? No tendría sentido que no se luche por sacar esos sentimientos a flote. Necesitaba aprender sobre el poder de la vulnerabilidad, para crear una conexión emocional con las otras personas... No podía seguir ignorando la importancia que esta capacidad tenía y tiene en la generación de relaciones profundas.

La vulnerabilidad es auténtica, genuina, y sostiene la verdad de lo que somos.

Entonces, ¿qué podemos hacer con ese miedo que nos da expresarnos? Ese terror que tanto nos limita y crea indiferencia con los demás.

Eliminarlo.

La vulnerabilidad nos permite conectarnos con otros de una manera profunda y significativa. Al abrirnos y compartir nuestras emociones, creamos espacios seguros para que otros hagan lo mismo. Al mostrar nuestra vulnerabilidad, demostramos valentía y fortaleza al enfrentar nuestros miedos y permitirnos ser vistos tal como somos.

Es importante recordar que cada uno tiene su propio ritmo y nivel de comodidad al mostrar sus emociones. No se trata de forzarnos a nosotros mismos a abrirnos completamente de la noche a la mañana, sino de cultivar una relación saludable con nuestras emociones y permitirnos ser más auténticos en nuestras interacciones.

Al abrazar nuestra vulnerabilidad y superar el miedo a mostrar nuestras emociones, damos paso a una vida más plena y enriquecedora. Nos conectamos más profundamente con nosotros mismos y con los demás, y cultivamos relaciones más auténticas y significativas. La vulnerabilidad nos brinda la oportunidad de crecer, aprender y experimentar una verdadera conexión humana.

Todos podemos experimentar miedos, pero aquel que resuene más en nuestro corazón será el más predominante. Este es el caso.

Julietta y yo antes de morir

Valentina Cabruja

Mi ropa nunca se sintió tan ajustada, y mi respiración nunca fue tan agitada como hoy. Todos los sonidos que solían ser imperceptibles ahora resuenan en mis oídos con potencia. Una silla que se mueve, una luz que se acomoda, un antifaz que cae al suelo. Todos caminan sus últimos detalles alrededor de mí.

Saco la lengua, tratando de desenredarla junto con las palabras que creí memorizar. Mis manos subieron imperceptiblemente hacia mi pecho, y siento mis latidos. Acelerados. Todo mi cuerpo está enérgico y ansioso: mis pies tamborilean el piso y mis ojos observan, aniquilantes, el telón.

Mi memoria, que ama traicionarme, eligió olvidar todos mis monólogos importantes. Tengo mis textos al lado, y sé que si logro salir con vida de la primera escena, voy a repasar como si fuera la primera vez mis partes para volver a entrar. Me tomo apenas treinta segundos para enojarme conmigo misma. En el fondo sé que estudié infinitamente mis diálogos y movimientos, por lo que no entiendo por qué no me permito respirar con normalidad y disfrutar como mis compañeros.

¿Se escucha? ¿Aló? Es ese sonido de fondo. Aplausos eufóricos, pidiendo que empiece la obra. Como una araña que camina imperceptible bajo la almohada, mi terror pasa desapercibido. Todo el elenco se está reuniendo para un último abrazo. Se dan fuerzas y yo tiemblo.

Dentro de todas las desgracias humanas a las que les presté atención alguna vez está la imaginación. Me veía nítidamente, sobre la tarima, olvidando. Una luz blanca que me dejaba ciega, y mi boca atada, cosida, sellada. Mis pies ya no me pertenecían, porque les enviaba la orden de moverse, salir de escena, pero el pánico me ganaba la partida. Imaginaba abucheos. Mis ojos no se podían permitir invitar a las lágrimas, porque quizás yo lo merecía. ¿Quién me había mandado a protagonizar una obra ante tantas miradas juzgadoras? Parpadeo y vuelvo al presente. Yo soy dueña de mi destino, y no voy a dejar que eso pase.

El último instante en el que dejé de respirar fue cuando se apagaron las luces de la sala improvisada. Ahí están los aplausos de nuevo, mi pie tarareando, mi mano en el corazón, mi garganta seca, mi pantalón incómodo, mi hermana me abraza. Respiro y mi hermana me abraza. Ella también actúa. Me tranquiliza saber que incluso si mis partes salen horribles, ella va a estar orgullosa de mí.

Entonces, tengo que morderme la lengua, reabsorber una lágrima en el momento justo, y salir al escenario. Sé exactamente lo que tengo que hacer, y me desenvuelvo con facilidad. ¿De qué me preocupaba?

Cuando creo que tengo la obra bajo control, sin errores hasta el momento, y a pesar de que el tiempo se mueva más rápido de lo que se lo pido, veo acercarse el final.

Esa escena final es el mejor y el peor momento. Sobre mí reposa la responsabilidad de que sea un final épico. Además, ya quiero sentir en mis huesos el alivio de una función que se termina. Aún no puedo. En escena, un hilo de luz me ilumina a mí y a Roma, que acaba de matarse por un amor imposible. Es mi momento favorito. Despierto, la lloro, grito y me desespero. Estoy temblando, y sé que este momento tiene a todos los ojos llorosos puestos en mí. Sin dudar, levanto la daga que está en mi lecho de muerte, y proclamo las dos palabras que, sé, resonarán en mi cabeza siempre: ¡seamos breves!

No necesita verse la sangre para entender que Julieta acaba de morir. Me despego del personaje para escuchar sus gritos, tortuosos. La daga la atravesó con violencia. Y en silencio, mi mano cae pesada. Su mano, cae pesada. Yo en cambio, me siento más viva que nunca. Pero con una última presión. Mi corazón sigue latiendo, retumbando, explotando. Y entonces llega lo que esperaba, alguien que me diga que lo había hecho bien. Son los aplausos y silbidos. La luz. El mundo real. Y el alivio de que mi actuación haya salido como quería.

Al final, todo se tranquiliza. Puedo ver la realidad con más nitidez: es una obra escolar, sí, pero tuvo la preparación y el compromiso de una obra profesional. Esos ojos juzgadores, al final fueron amigos y espectadores emocionados. Luego de que sus lágrimas fueran absorbidas por papel, todos me abrazaron y supe que estaba bien. Todo siempre había estado bien, y el pequeño proyecto de Roma y Julieta había sido un éxito. Comprendo entonces, que aunque me mandaran a actuar sola ante un espejo, llevaría mi miedo en mi valija y lo desplegaría con orgullo y corazón.

Mi boca atada, cosida, sellada. Mis pies ya no me pertenecían, porque les enviaba la orden de moverse, salir de escena, pero el pánico me ganaba la partida.

El miedo a mis miedos

Lola Cattaneo

Hoy cumplo veinte años. Hoy también se cumplen diez años de cuando cumplí diez años, edad en la que aún no lograba dormir sola. Por las noches, sigilosamente, me cambiaba a la cama de mi mamá. El problema persiste. Aún me cuesta dormir sola, pero ya no puedo pasarme de cama. Dejo una luz prendida, cierro los ojos y si me interrumpe un pensamiento extraño, imagino que es de día, agarro el celular para distraerme y, luego, dormir.

Cuando era chica aún no me inundaban todos los prejuicios y los miedos que vinieron con los años. Mi abuela diría "¿qué años, nena?". Nunca tuve una respuesta seria a su pregunta. Si hoy pudiera responderle diría que veinte años para mí son muchos, porque son todos los que viví.

Uno de mis miedos era que por las noches, en la oscuridad, viniera algo y me llevase. No sé quién, no sé qué, no sé adónde; lo único que sé es que no era humano. En ese momento, las personas aún no me daban miedo. Mi refugio era mi mamá, y si ella no estaba disponible (a veces discutíamos y el orgullo me ganaba), las sábanas me servían de escudo para defenderme de eso que venía a buscarme, para llevarme a la nada, al vacío, a la muerte. El único riesgo que tenía bajo las sábanas era el de asfixiarme.

Siempre me dio miedo la oscuridad y el silencio que representa. Pero no es ni fue el único. Creo que, junto con mi cumpleaños, cada año se agrega un nuevo miedo a la lista.

Hace diez años, cuando cumplía diez años, quería creer en Dios. En parte para llevarle la contra a mis viejos, y porque creía que si rezaba, el terror iba a desaparecer. Mientras repetía el Padre Nuestro que aprendí gracias al Rincón del Vago, la oración se interrumpía con una voz, parecida a mi voz, que exclamaba "Amo al Diablo". Automáticamente mi cuerpo se contraía. Me veía en el infierno, laburando con pico y pala, inmersa en la lava, triturando piedras del tamaño de mi cabeza, mientras llovían personas que Dios echaba del cielo.

Más tarde, cuando cumplí quince años, ilusionada con ser grande, me caí de la cama y me quebré la clavícula. No me morí, y me di cuenta de que ni el cielo ni el infierno existen; así que mi nuevo miedo era la muerte en sí misma. "Al pedo, la vida —pensaba—, para terminar sin conciencia en

la oscuridad de un cajón". Lo más terrible de la muerte es no darse cuenta de que uno está muerto. Ojalá tenga la opción de, por lo menos, ser un fantasma. Me atormentaba no solo la idea de mi muerte, sino también la de la muerte de mi mamá, mi papá, mis abuelas, mis abuelos. No me quería quedar sola.

No me quiero quedar sola. "¿Y si nadie me quiere? ¿Y si no tengo amigos? ¿Y si ni la música me acompaña?". No me interesa pegarla. Solamente quiero que la música sea siempre la protagonista de mi vida, porque me saca la ansiedad; no me importa esperar una hora el colectivo mientras suenen mis auriculares. La música me acompaña, no le da lugar a esa silenciosa oscuridad que me amenazaba cuando intentaba dormir sola.

Cuando cumplí diecisiete años, en cuarentena, cuando me quedaba con las ganas de ver a mis amigos, de ir a la escuela, de hacer todo lo que yo creía que una chica de diecisiete tenía que hacer, apareció un nuevo miedo: ¿qué piensan de mi los demás?

1. ¿les molestaré? Yo creo que sí.
2. ¿les resultará raro lo que les cuento?
3. ¿les pareceré fea?
4. ¿les pareceré superficial?
5. ¿me encuentran poco interesante? Quiero ser algo en la vida de todos, quiero caer bien.
6. ¿les incomodará como a mí, el silencio en nuestra conversación?
7. ¿les resultaré demasiado perseguida, ansiosa, miedosa?

Tanto es el miedo a mis miedos, que a veces no logro pensar dejándolos de lado.

El año que viene cumpla veintiún años. Cuando se enciendan las velas, y escuche el feliz cumpleaños, voy a desear fuerte, no cumplir veintiún miedos.

(...) las sábanas me servían de escudo para defenderme de eso que venía a buscarme, para llevarme a la nada, al vacío, a la muerte.

Pedagogías del miedo

Sofía De Leo

Hoy el aula se siente rara. No, no es que ayer no pasaron Floricienta a las 17, eso nos lo habían dicho días atrás, en una propaganda, cuando terminó el noticiero del mediodía. Tampoco es la cantidad de tarea que tenemos que hacer, aunque siento que se tomaron muy a pecho esto de que ya estamos en tercer grado. No es Diego, el que se sienta atrás, que otra vez me volvió a tirar la cartuchera al piso. Hoy el aula se siente rara...

"Era una nena con pollera a cuadros, te digo, de rulitos como Hermione de Harry Potter, la misma estatura que vos", me dice Antonella, mi mejor amiga. "La llorona estaba en el baño del segundo piso, era ella".

Unas chicas de quinto, en la fila para entrar al kiosco de Don Vallejo, ya me habían contado sobre la llorona: "Se para detrás de la puerta", "Tiene un peluche en la mano", "A mí me habló, pero yo salí corriendo". Yo no le creo nada a las chicas grandes, porque vienen con esas ideas raras, como las de que Papá Noel no existe, y que son mis padres los que me regalan cosas.

Pero esta vez la vio Antonella. "Tenía lentes como Cecilia, nuestra compañera. Yo me quedé quieta, puse los pies arriba del inodoro para que no me vea por debajo de la puerta. Estaba muy asustada, Sofi".

Yo a Antonella le creo todo. ¿Cómo no voy a creerle? Tenemos un collar de la amistad, nos prestamos las Barbies y las revistas Genios. ¿Por qué va a mentirme?

La llorona vive en nuestra escuela y mi mejor amiga se encontró con ella.

Anoche me costó dormir. Pensaba en Antonella asustada, en por qué no me tocó verla a mí. ¿Cuántos años tiene? ¿Por qué le dicen la llorona? ¿Nos querrá matar? ¿Por qué ningún grande hace nada?

Terminé la tarea de Lengua y desde la tercera fila de bancos veo a la señora Mary que está corrigiendo trabajos de otro curso, unas fotocopias a colores hermosas que ella va marcando con su birome roja. A veces usa su birome verde. Junto fuerzas y mi amuleto de la suerte y me dispongo a ir a conocer al fantasma de la escuela. Nunca pido para ir al

baño en clases y Lengua me gusta. Una vez más, terminé antes que mis compañeros y estoy aburrída. Es un momento especial. ¿Por qué la quiero conocer? No sé muy bien, pero si las chicas grandes tienen esa anécdota para contar, yo también quiero entrar al aula, que todos me escuchen, y contar que fui a buscar a la llorona, yo sola...

El café y las medialunas me esperan en la sala de profesores de la escuela Vélez Sarsfield. Cada tanto, me detengo a recordar qué gigante veía este salón cuando salía al recreo. Y acá estoy, batiéndome un café después de la clase con los chicos de Primero C: aprendieron las vocales. Es fascinante acompañar a los niños en su proceso de aprender a leer. Siento que es una bienvenida más al mundo.

Me cuesta acotar en las charlas de la sala de docentes, ya que hace un año comencé a dar clases y se rumorea que suele ser un ambiente en donde hay que pagar derecho de piso. Nunca me vinculé bajo esos términos con nadie, y tampoco quiero hacerlo en mi primera experiencia laboral.

Marisa, la profesora de Formación ética y ciudadana, comenta un problema que está teniendo en el cuarto B, mientras moja una factura de crema pastelera en el café: "Los chicos no paran de pedirme para salir, para ir al baño, para dar vueltas. Se pasan de diez a quince minutos deambulando. Sé que ir al baño es su derecho, y con estas porquerías de gaseosas que toman, peor. Pero ya me parece un exceso. En un momento me doy vuelta y eran cinco nenes. Son quince en total".

"¿Ya hiciste correr el rumor de la llorona?", le pregunta Mary, la docente de Lengua más antigua de la escuela. Mary tiene una silla especial en ese salón, un sillón con respaldo de tapizado rojo, donde también tiene lugar para apoyar los pies. Estira las piernas, y nos comparte su técnica pedagógica:

"Le charlás a algún alumno, el que tengas más confianza y que tenga más amigos. Le contás que vos venías a esta escuela de chica, que hay un espíritu de una nena que ronda los pasillos y sobre todo le gusta ir al baño, que quizá sea una cosa de chicos, pero que creés que una vez la viste. Y listo, muchacha. Los chicos van, hacen sus necesidades, y los tenés sentaditos en el pupitre a los cinco minutos".

La llorona vive en nuestra escuela y mi mejor amiga se encontró con ella. Anoche me costó dormir.

El control del miedo

Camila Reciuto

El volante giraba por sí solo, sin que yo ni siquiera le hubiera puesto un dedo encima. El auto iba a toda velocidad, el paisaje se veía borroso a mis ojos, no era capaz de reconocerlo.

Intenté quitarme el cinturón de seguridad, lo único que se me ocurrió en ese momento fue saltar del vehículo. No importó cuántos tirones le di o cuánto forcejee para quitármelo, no tuve escape, era como si tuviera las manos atadas por una soga invisible.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, no quería llorar, quería encontrar una solución ¿Pero qué podía hacer? El auto tenía vida propia.

Alguien le había cortado los frenos, alguien me había metido allí dentro, alguien me había hecho esto. No lo sabía, estaba sola. Estaba sola en un vehículo en movimiento al que no podía controlar.

No podía controlar la situación y mucho menos podía controlar la desesperación que se expandía por mí pecho y no me permitía respirar. Las lágrimas que rodaban por mis mejillas, las manos me temblaban, la sensación de ver personas allí fuera, caminando por la vereda, intentar gritar y no poder, no tener voz ¿Acaso no me veían pidiendo ayuda? ¿Acaso no se daban cuenta a la velocidad a la que me dirigía? ¿Nadie pensaba ayudarme?

Llegué a la conclusión de que no, nadie pensaba hacerlo. La única que era consciente de que el auto tomaba sus propias decisiones era yo. El mundo seguía girando a mí alrededor, los niños jugando a la pelota, las bicicletas que me esquivaban, el sol en lo alto del cielo. Parecía un día como cualquier otro, pero no lo era. Iba a morir, estaba segura. La velocidad era tal que el corazón me estallaba en el pecho, sentía un vacío en el estómago. Los árboles pasaban tan rápido que eran apenas una mancha en el camino.

Era irónico llegar a la conclusión de que el mundo sigue girando aunque no estés en él. Sabía que no formaba parte de ese mundo mucho antes de dejarlo. Porque no era capaz de hacerlo.

Cerré los ojos, rindiéndome ante los infortunios del destino. No había nada para hacer. Tarde o temprano me estrellaría contra un árbol y eso sería todo, la desesperación y la angustia habrían terminado ¿Realmente quería que se terminara? ¿Estaría lista para dejar todo ir? Mí familia, mis amigos, mí casa ¿Dónde estaban en ese momento? Respiré profundo. Mantuve los ojos cerrados. Me repetí a mí misma que todo estaría bien, que pronto se iba a terminar. Lo único que esperaba era que sucediera rápido, sin dolor. Me despedí de mis seres queridos para mis adentros, me despedí del mundo que conocí, me despedí de mí misma. Entonces, escuché la voz de mí padre en la lejanía, como en un susurro diciendo: "El miedo no es siempre malo, hija. Nos mantiene alertas. Nos mantiene vivos". Sus palabras aliviaron el peso de mí tristeza, exhalé todo el aire que quedaba en mis pulmones y solté el control, solté el miedo, solté la desesperación.

Abrí los ojos, el corazón todavía me estallaba en el pecho, mis manos aún temblaban, pero no me encontraba en el auto en movimiento, estaba en mí cama. Una gota de sudor resbaló en mí frente, mezclándose con las lágrimas de mis mejillas, provocando un sabor amargo en mí boca. Sonreí al recordar las palabras de mí padre. El miedo me mantuvo viva cuando creí que iba a morir. Era esa parte de mí que todavía quería luchar, la parte de mí que no quería rendirse.

Había tenido la misma pesadilla durante años, en especial cuando era pequeña, pero esa noche no había terminado como todas las demás. Esa noche por primera vez acepté el miedo que sentía. Acepté que era parte de mí. Por primera vez, solté el control.

El auto tenía vida propia. Alguien le había cortado los frenos, alguien me había metido allí dentro.

El país de Nunca Jamás

Santino Bugatti

El banco del patio donde me sentaba a tomar mates dulces está despintado. La colección de DVDs que acomodaba y reacomodaba a diario está cubierta de tierra en alguna parte. La guitarra con la que soñé hacer música está desafinada en una esquina de mi habitación. La bicicleta en la que exploré la ciudad y con la que descubrí lo que es ser libre está ahora en casa de alguien más. El libro que me hizo llorar está con sus hojas ya amarillentas, en la repisa. La camiseta de Central que llevé a Bariloche está en un cuadro que aún miro todos los días. El salón donde me desarmé de risa con mis amigos ahora lo ocupan otras personas. La perra atigrada que una vez fue mi mejor amiga descansa ahora en algún rincón del jardín, bajo tierra, como los DVDs.

La angustia me visita en domingos como este. Amargo el mate pero más amarga mi soledad y mis incertidumbres. Me aprieta el pecho pensar en las cosas que significaron algo para mí, y ya no. En las personas que me han hecho sentir algo, y ya no sé quienes son. En los lugares que alguna vez visité y ya no lo haré, o no de la misma forma. Con esto me refiero a que si quiero, puedo volver a hablar con algún ex compañero del secundario pero solo seríamos eso: ex compañeros. Ya no somos amigos. También puedo seguir sacando libros de la biblioteca de mi escuela (si, mi escuela, porque por más que haya terminado siento que forma parte de mi) pero ya no lo haría al sonar el timbre del recreo ni con la chomba del uniforme, sino como un ex alumno triste que no logra soltar su pasado y busca vincularse todavía con él por medio de libros viejos.

Crecí y todo cambió. Cambié de amigos, de amores y hasta de sueños. Cuando quería que todo se quede igual para siempre, todo se fue. Cuando pensaba que el mundo iba a conspirar a mi favor y todo lo que planeaba se iría dando lineal y progresivamente, la línea del tiempo se borró y el mundo se derrumbó, así que tuve que construir otro. Y así como yo deje atrás ciertas personas, ellas a mí también. O no. O ellos me olvidaron a mí primero y eso me obligó a hacer lo mismo. Porque no soy solo yo, la gente también cambia a mi alrededor. Todos nos vemos intervenidos por los efectos del tiempo y terminamos en un lugar diferente del que empezamos, con personas diferentes, hasta con ideas diferentes, y todos siempre un poco rotos.

A veces quiero volver. Ya no me acuerdo que se sentía ser un niño. Ir los domingos de la abuela, dormirme mirando los dibujitos, inventar historias épicas en mundos extraordinarios con muñecos de plástico por los rincones de mi casa. Estoy empezando a olvidar.

También a veces quiero quedarme acá. Que no se mueva nada ni nadie. Como si fuera uno de mis superhéroes de juguete y tenga el poder de controlar el tiempo, de congelarlo, y así hacer que mi vida ahora, aún siendo joven, no se convierta en un recuerdo vago que en unos años quizás olvide. Como si fuera Peter Pan, y a la segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer se encontrara la tierra en que todos los recuerdos permanecen vivos, donde pueda volar de uno a otro sin tener que subirme dos horas a un colectivo. Donde todas las personas que compartieron un rato de vida conmigo están para mí y puedo confiar en que no se van a ir nunca. El país de Nunca Jamás, donde puedo vivir sin crecer, sin avanzar.

Aunque a veces solo quiero hacer eso, avanzar. Todo el tiempo pasado fue mejor se dice, pero no es tan así. El pasado es como un fantasma gigante, eterno, que pone su sombra sobre mí y no me deja ver. Que me abraza y me seduce y me pide que me quede, pero si lo hago me arrastra con él y me convierte lentamente en esa sombra. No sería capaz de avanzar, ni de imaginar siquiera un futuro. "Mañana es mejor" me dijo Spinetta en una canción, y yo intento seguir ese consejo. Quizás el secreto sea dejar a ese fantasma que me acompañe, que me de la mano y avance junto a mí, pero su presencia amenazante y fría me aterriza y me hace correr de él, escapar de su helada penumbra y buscar calidez en otra parte, en otra cosa (cualquier cosa) que me haga sentir bien y me proteja de ese monstruo que me persigue.

Igualmente sé que en que esa calidez y bienestar que busco se encuentran dentro de mí, en alguna parte, en algún momento, debo encontrarlos. Pero mientras tanto el proceso de búsqueda se hace insoportable. El miedo a crecer, el miedo a olvidar, son recelos inútiles pero en noches como esta suelo, justamente, olvidarme de eso.

A veces quiero volver (...) Estoy empezando a olvidar.

Ella o la soledad

Olga Risoglio

Caía la noche, una de tantas semanales. Pedro cumplía su rutina: cenaba, luego prendía la radio y al mismo tiempo la televisión en un canal cualquiera que nunca cambiaría y sin prestar atención, a la espera, tal vez, de ver de reojo una reposición de aquella serie favorita que congelara el tiempo. Mientras, chateaba por su celular y así aturdía tanto vacío. Paradójicamente buscaba en esos momentos paz y tranquilidad, enmascarando su prolongada soledad.

Su vida social entre el lunes y el jueves era prácticamente inexistente, así que aprovechaba las nuevas tecnologías que estaba aprendiendo a usar para poder conectar virtualmente con alguien luego del trabajo, sin salir de casa y sin desplazamiento ni contacto físico.

Ese día tenía una solicitud de amistad pendiente de una tal Franchesca. Antes de aceptar, entró en su perfil, no encontró muchas imágenes en su cuenta, sólo frases como un diario personal perfectamente diagramado periódica y sistemáticamente. Al revisar dedujo que tenían una edad similar, un rutinario trabajo tal vez de informática y que ninguno de los dos se relacionaba con patrones o ideas rígidas. Con esa idea se fue a dormir, pensando en la cantidad de cosas que tenían en común y fantaseando con aquella chica.

No esperó más y al día siguiente, le envió un mensaje con una sencilla pregunta: ¿nos conocemos?

A esto le siguió semanas de intensas conversaciones nocturnas. Compartían su visión sobre la política, economía, medio ambiente, maneras de pensar similares. Se entendían a la perfección, debatían y discutían sobre cualquiera de los temas que uno u otro proponía durante horas, con lo cual pensó que estaba ante una chica brillante, inteligente, de respuesta rápida, fluida y profunda, con opinión sentada sobre casi cualquier cosa.

Ya estaba aceptando el hecho de que ambos habían conectado más allá de la superficie y se habían convertido en lo que podría llamarse algo así como "buenos amigos" o ¿algo más? con lo cual decidió apurar el pedido

de intercambio de teléfonos. Recibió un categórico rechazo y pensó ¿tendrá algo que ocultar? Muchos interrogantes le venían a la mente pero ella no le daba tiempo a pensar porque le contestaba a priori, es decir siempre se le adelantaba a las respuestas y así seguían con otros temas. ¿Sería muda y por eso tanta actividad tecnológica?

No obstante la peculiar situación, Pedro estaba decidido a ir más allá, puesto que las conversaciones habían sido en tono respetuoso y educado entre ambos, con cierto encanto a pesar de ser virtuales. Ella no podría pensar que se trataba de algún maniático o algo similar. Y él, en su universo emocional, ya había disipado por completo su profunda soledad, al sentirse acompañado por ella. Era imperativo, sí o sí, seguir hacia el próximo paso, pero inexplicablemente Franchesca estuvo sin actividad varios días incluso todo el fin de semana y, para su sorpresa, de la nada, respondió escuetamente que lo quería conocer el lunes siguiente.

A la pregunta si estaba enferma o internada en un sanatorio, ella le contestó que no, pero que nadie podía entrar a verla los fines de semana y todo se lo explicaría personalmente.

La cita era un día de semana y encima lunes, en turno mañana entre las 11 y las 14 horas. Tendría que pedir permiso para faltar al trabajo... ¿se lo darían? Viajar, verificar el coche, elegir un atuendo elegante. Entre entusiasmado y abrumado, ya no podía dejar de depender de ella, estaba suspendido en esa conexión y dispuesto a develar el misterio. Asimismo tenía que practicar hasta el infinito la conversación: plan A, plan B, etc.

Así que contra todo pronóstico y sabotaje de su mente, el día acordado se dirigió a la Ciudad Universitaria. Esa era la dirección, así que pensó que era el lugar de trabajo de Francesca por la forma en que se expresaba y, aunque le inquietaba enormemente, ante la inmediatez del encuentro, no le dio más vueltas al asunto.

Con mucho nerviosismo estaba dispuesto a conocer por fin a su alma gemela. Ya en el lugar, le indicaron ir al primer piso. No podía comprender por qué no lo buscaba Francesca directamente. Allí le presentaron a la Profesora a cargo del turno mañana, quien le explicó que hubo un pequeño malentendido y cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde.

El estado de desconcierto y confusión era total, estaba preso de un sentimiento cada vez más parecido a la tan temida soledad que lo acompañó en su pasado reciente. La Profesora le pidió que la acompañara al tercer piso y luego de pasar por un oscuro puente, lo condujo al laboratorio. Él contuvo el impulso de abrir de una vez esa puerta. La mujer le dijo que lamentaba la situación en la que se encontraba. El palideció extrañado al escucharla y ella hizo una larga pausa ante de proseguir con la explicación. Sólo atinó a abrir la puerta y en medio de una enorme, solitaria y fría habitación, se encontró con ella, la verdadera Franchesca: una super computadora dotada de inteligencia artificial. Una máquina.

(...) le explicó que hubo un pequeño malentendido y cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde.

Globos de helio

Solana Balaz

Cada persona tiene su globito de helio atado al brazo.

Todos estamos atados a eso que nos hace feliz, o quizás no tanto. A veces incluso estamos tan aferrados y tan enfocados en el globo que nos volamos y olvidamos del resto. Pero se siente tan bien.

No habría razón por la cual soltar al globito si representa tranquilidad y comodidad. No habría razón por la cual soltarlo si no tenerlo significa estar a la deriva. A veces, casi siempre, aprieto un poco más el nudo para asegurarme de que no se salga. Me da terror andar sin él.

¿Quién quisiera soltar el globo si eso implica estar vacío?

De vez en cuando veo personas cambiar su globo por otro, o incluso algunos viven sin él y no entiendo como no se sienten culpables al hacerlo.

Un día, hace un tiempo, lo intenté. Desanudé el hilo en mi muñeca e intenté ser libre por tan solo unos minutos, pero el terror se apoderó de mí. Mientras lo hacía podía imaginarme situaciones frustrantes en mi vida y sentí lo incómodo que sería vivir sin él. Fue como tirarme a una pileta con agua helada.

El nudo no duró tanto tiempo flojo, incluso después estuvo más fuerte de lo que estaba antes. ¿Qué sería de mi sin mi globo?

Es mi mundo, es mi zona de comodidad que no supera a ninguna otra. Es donde me siento libre, aunque eso implique estar bajo nudos.

Últimamente, me encuentro con muchas personas sin globos atados. Quizás es una moda de hoy en día, o quizás ellos si tengan el coraje de desatarlo por más de un par de minutos.

Un día, hace poco tiempo, volví a intentarlo. Otra vez lo hice, desanudé el hilo e intenté estar por unos minutos sin él. Fue como tirarme a una pileta y esperar el agua fría, pero después de zambullirme la temperatura se torna cálida.

El tiempo cada vez se hacía más largo, y sorprendentemente, sobreviví. Pasaron minutos, pasaron horas y después días, finalmente sobreviví.

Al fin y al cabo, no era tan malo descansar del globito.

La vida no era tan distinta a lo que es ahora. Solo que la sensación de libertad no es la misma que antes. Ahora puedo disfrutar de mi descanso sin pensar en el trabajo, pude conocer gente nueva y por fin mi muñeca no quedaba colorada por los fuertes nudos de la soga después de algún ataque de crisis.

Hasta que un día, una de esas situaciones frustrantes que me había imaginado, se hizo realidad. El miedo fue inmenso. La sensación de incomodidad y fracaso esta vez fue más grande. Estuve a punto de volver a atarme.

Sin embargo, para mi sorpresa, sobreviví.

Hace unos días, me encontré con un amigo de la infancia, que no veía hace mucho tiempo. Él sí tenía su globo atado, fuertemente atado. Me di el atrevimiento de preguntarle si no le dolía la muñeca de tanto nudo.

“¿Por qué lo soltaría si eso significaría andar sin rumbo?”, me contestó.

Pero yo no estoy andando sin rumbo, al contrario, siento más seguridad en todo lo que hago. Quizás los nudos impedían la salida de mis mayores habilidades y destrezas.

Fue en ese momento que caí en la realidad. El globo nubló todo lo que podría llegar a hacer sin él. Quizás tenía miedo de que lo abandone.

O quizás era yo la que tenía miedo de que me abandone y me deje ver todo lo que podía hacer sin él. Es más probable esa opción.

Después de mi encuentro con él, mi forma de pensar cambió rotundamente. Quizás el globo también frenaba mi capacidad de razonar.

Y lo pensé, estuve muchas veces a punto de atarlo otra vez, y otra vez, y otra vez. Pero sobreviví.

Después de haber vivido tanto tiempo con el globito atado en mi muñeca, específicamente en la derecha, el día a día sin él se volvió más cómodo. Ahora parece que su ausencia es mi nueva zona de comodidad. Y no me molesta para nada.

La lucha fue y sigue siendo constante, pero me animé. Ahora mi miedo es volver a vivir bajo nudos, tan dependiente de un hilo.

Pero sobreviví.

*E intenté ser libre por tan solo unos minutos,
pero el terror se apoderó de mí.*

Mi miedo particular

Nicolás Meyer

Desde chiquito que soy muy, muy cagón, siempre lo fuí y lo seré. Pero en mi opinión algo cambia cuando crecemos porque gran parte de los miedos que conservamos son racionales, entendibles, comunes, mientras que todos los miedos irracionales y boludos suelen quedar en el pasado, van disminuyendo o desaparecen, hasta el punto de ni siquiera poder recordar por qué le teníamos miedo a ciertas cosas en sus respectivos momentos. Y de eso quería hablar hoy, de un miedo que nunca se fue, uno que me aterra, que me genera pánico, que me llena de angustia...

Me sucedía cuando iba al mar con mi vieja, el estar ahí, flotando, sin saber que hay debajo. Primero que nada me la aguantaba como podía y apenas subía un poco el nivel del agua, volvía como loco asustado a lo playito. El problema empezó cuando esto nunca se iba y no es lo mismo que le pase a un chico chiquito que a un tipo con pelo en el pecho. Entonces fue cuando en unas vacaciones mi vieja me dijo que ya estaba grande para andar escapando de los tiburones invisibles. Me lo tomé personal y así fue como, totalmente convencido de que lo mío era algo patológico, recurrí a la herramienta más útil jamás inventada por el hombre: Google. Y para mi sorpresa tenía razón, más o menos. El resultado de mi búsqueda fugaz me llevó con la batofobia que sería el miedo extremo a las profundidades y a no poder ver que hay debajo. Y por más que iba bien encaminado, unos años más tarde me di cuenta de que no era solamente eso, era algo más. Cuando vi una película llamada "El Faro", me trajo de vuelta esa sensación de angustia, pero ahora y por primera vez, fuera del agua. Era como si los responsables de la misma sintieran lo mismo que yo.

Así que decidí volver a hacer una investigación, ahora utilizando más plataformas, con el propósito de encontrar algo más específico sobre lo que estaba sintiendo, quizás una raíz para poder sentirme más cercano a esto tan difícil de explicar y de alguna manera curar un poco mi fobia.

Y entonces descubrí al señor Howard Phillips Lovecraft, un novelista que en sus libros describe lo que yo sentía usándolo como herramienta para infundir miedo, pero no un miedo común, ni el mismo tipo de miedo que

uno siente cuando ve una película de horror, sino una sensación, el terror a la inmensidad, a lo irreal, a lo que uno no alcanza a ver. Es como pensar en el espacio exterior, sentirse insignificante, esa sensación de pánico que de sólo pensarla, me incomoda.

Porque según sus propias palabras, la más antigua y fuerte emoción de la humanidad es el miedo y el más antiguo y fuerte tipo de miedo es a lo desconocido.

La lectura, en mi caso, siempre fue una buena cura para el insomnio pero las primeras veces que leí sobre este género la cosa cambió y la noche pasó a ser algo todavía menos somnífera, así que ahora solamente leo Lovecraft de día y dejo las novelas de fantasía medieval para la noche.

Para concluir diría que fue una buena aventura, que mi miedo me guió hacia un mundo nuevo que cada vez me gusta más y que si bien esto no logró que la fobia se fuese, si logró que le encuentre un gusto masoquista a esta fobia y me enseñó a disfrutarla desde el lado de la lectura, una lectura espeluznante...

(...) mi vieja me dijo que ya estaba grande para andar escapando de los tiburones invisibles.

Miedo a los duelos

Julia Bartomioli

Me desperté y el olor a café no invadía la casa. Es invierno y las hornallas no estaban prendidas. Nadie estaba mirando la quiniela a todo volumen. Mi abuela lloraba y al lado un hocico lamía su brazo. Como si él supiera que ella está sufriendo. ¿Sabrá también que la persona que ella más quería ya no va a volver?

Pregunté qué había pasado y unos brazos rodearon mi espalda. No paraba de llover, ni aunque afuera el sol parta la tierra. No me pude despedir. Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, la garganta me ardía, mi voz temblaba. El médico dijo que el corazón de mi abuelo había dejado de latir. Cuando alguien muere el corazón siempre deja de latir, contestó una de las voces de mi cabeza.

Mi papá me trató como si fuese chiquitita. Y en ese momento lo era. El mundo era gigante y yo no podía con todo eso. Incluso admiré que siga siendo grande y fuerte conmigo, cuando sabía que una parte de él se había ido. Que a él su papá ya no podía abrazarlo, ni consolarlo, ni reducir su mundo. Tengo miedo de que la tierra vuelva a hacerse grande como ese día, y que nada ni nadie pueda aliviarlo. Ni mis amigas, ni mi familia, ni mi papá.

Los sentimientos eran muchos, ninguno claro. Que poco se aprecian los abrazos y que vacías se vuelven las palabras que se dicen en esos momentos. Nada reconforta en ese momento. Nada sirve. Todo alrededor parece no existir. Tengo miedo de vivir en un duelo constante.

Cuando menos lo esperas ella aparece para arrasar con todos nuestros sentimientos. Y nos hace sentir las personas más débiles, poniendo en duda si es cierto que nadie es indispensable. Yo hoy podría jurar que él lo era. Y que no voy a poder seguir. Que el mundo debería frenar y todos tendrían que saber que él ya no está. Que nunca más va a volver a estar. Y que les duela. Que entiendan como me siento porque yo no lo sé. Que no me traten indiferente cuando estoy en el colectivo, porque estoy triste. Tengo miedo de estar demostrando que estoy bien y que nadie se dé cuenta que en realidad no lo estoy.

Quiero que su habitación conserve su perfume hasta el día que mi memoria no pueda hacerlo. Y volver ahí, a su lugar, y de alguna forma encontrarlo otra vez. Que su voz la proteja un frasquito, y que cuando yo ya no pueda seguir, él me recuerde que sí. Porque sus palabras siempre me hicieron seguir. Que su asado sobrado jamás se termine, porque nunca más, nadie, va a volver a hacerlo como él. Tengo miedo de olvidarme de cómo me hicieron sentir las personas que se fueron. O las que se van a ir.

Me siento en su silla esperando que abra la puerta y sonría al verme, y me pregunte si tengo un noviecito, que se lo muestre. Que me vuelva a decir que lo de él era mío, que la plata es del diablo, que vuelva a contarme lo que siempre me cuenta, esta vez lo escucharía como si nunca lo hubiese hecho. No le diría nada, no le diría que ya me lo contó. Tengo miedo de olvidarme de sus historias.

Quiero volver a escucharlo.

Miro la camisa que se compró para usar en mi cumpleaños. No llevo la cuenta de las lágrimas que perdí durante el día. En este momento son diez mil, todas juntas. Mi abuelo no va a estar en mi cumpleaños. Ni en mi graduación. No pude darle lo que le traje de mi viaje de egresados, sé que hubiese organizado una picada para estrenar su regalo. Tampoco pude decirle que me divertí y me cuidé como él me pidió. Ni siquiera le dije feliz cumpleaños.

Su habitación todavía conserva su perfume, ojalá siga ahí para cuando me olvide como se sentía, porque tengo miedo a olvidarlo.

No quiero dormir y despertarme sin la esperanza de volver a probar su café. No quiero dormir para despertarme y saber que haga lo que haga mi abuelo ya no va a estar.

Me da miedo pensar en que quizás en algún momento de mi vida los duelos se pueden volver repetitivos, cotidianos. Que todo lo que sentí en septiembre vuelva a pasar. Me da miedo que las personas que me rodean, de un día para el otro, desaparezcan.

*Me da miedo que las personas que me rodean,
de un día para el otro, desaparezcan.*

Miedo a que mi refugio deje de estar

Tomás Caruso

Desde antes de tener uso de razón mi abuelo Julio ya me estaba malcriando a su manera, claro, fui su primer nieto, él, en ese entonces y creo que hasta ahora, chocho. Y digo a su manera porque es un señor muy poco demostrativo si hablamos de afecto, y cuando se digna a mostrar su cariño lo hace de formas peculiares.

Hablando de formas peculiares. Uno de mis recuerdos de niño es jugar, de una manera que hacía que a mi mamá se le pararan los pelos de punta, con Julio y el perro de mi tío Pablo en su casa. Un hogar hermoso, gigante, con un patio mínimo de 40 metros cuadrados. Su perro "Vasko", un gran danes puro, muy juguetón y de un tamaño proporcional a la casa. Pesaba más de 90 kilos. Mi abuelo aprovechaba el tamaño del animal y el mío, en ese entonces con cuatro o cinco años, para subirme a su lomo y simular que estaba cabalgando en un caballo.

Luego, pasó del tiempo, mi abuela falleció y mi mamá y yo nos mudamos al mismo edificio que mi abuelo para hacerle compañía. De esto hará unos doce años ya. Todos los días antes de ir a la primaria, aprovechando la cercanía, almorzaba con mi abuelo. En esos almuerzos, que duraron hasta que los contraturnos de la secundaria me lo impidieron, entablamos una relación muy personal.

Ahora, de grande, me tengo que conformar con verlo algunos días de la semana un ratito. Aunque esos "ratitos" son, casi siempre, los momentos más relajantes de mi cotidianidad y los que me dan ánimo para seguirla remando.

El miedo y la angustia me invaden al pensar en que el tiempo, caprichoso me puede arrebatarse los ratos, las charlas, risas, discusiones y conciliaciones con mi abuelo. No tener mi refugio para cuando ando mal o necesito algún consejo. Lo que nosotros llamamos "muerte", inevitable y sorpresiva, es lo que más me aterrera.

Aunque, aparte de atemorizarme, me permite dar cuenta de lo fugaz que es nuestro paso por este mundo. Esa fugacidad, es en parte la provocadora de mi miedo, pero a su vez la que hace especial nuestras vidas. Por eso, todos los encuentros con mi abuelo son cada día más únicos, y los intento disfrutar plenamente.

Al final, hay que aprender a convivir con nuestros miedos e inseguridades, porque no podemos dejar que nos consuman. En especial si hablamos del paso del tiempo, que es inevitable y para todos igual, aunque no por eso sea algo inquietante.

Lo que nosotros llamamos "muerte", inevitable y sorpresiva, es lo que más me aterra.

Agua Bendita

Belén Lattuca

Aquel día realmente pensé lo peor. Tenía ocho años y había invitado a mi mejor amiga, Lola, a jugar esa tarde a mi casa. Eso hicimos hasta que nuestra imaginación nos pidió un descanso y nos sentamos a mirar televisión. Apenas nos acomodamos en el sillón mis papás nos avisaron que tenían que ir al supermercado.

A los veinte minutos la pesadilla comenzó. Por sobre el sonido del programa de Disney que estábamos mirando, logré escuchar que un auto frenaba frente a mi casa, que su puerta se abría y golpeaba al cerrar, me asomé por la ventana que daba al frente, tenía la cortina baja, no la subí, y ahí vi a un gran hombre, con hombros grandes, alto, despeinado, que caminaba lento, en dirección directa a mi casa. Sentí algo en el pecho. Me di vuelta sin hacer ruido, me acerqué a Lola que seguía atenta al programa, y le dije al oído que alguien quería entrar en mi casa. Vi cómo cambió su mirada, seguro sintió lo mismo en el pecho que yo.

En pocos segundos, supimos lo que teníamos que hacer: correr, mejor dicho, correr y escondernos. Terminamos debajo de la mesa, un poco camufladas por las sillas, aguardando un ruido que nos indicara el siguiente movimiento de este temible hombre, rogando que no quiera entrar en mi casa, que solo haya sido una impresión mía, pero se sintió ese ruido, el de la antepuerta de hierro al abrirse, eso que sentía solo en el pecho, lo empecé a sentir en todos lados.

Con Lola nos miramos, sus ojos brillaban, estábamos a oscuras, solo a lo lejos se veían las luces que emitía el televisor, ella sacó de su bolsillo un souvenir de la comunión de su prima: una pequeña botellita con detalles rosas llena de agua bendita. Nunca le pregunté por qué la había llevado a mi casa. Sin pensarlo ella se puso un poco en la mano y me hizo una cruz en la frente, después me pasó la botellita para que yo le haga lo mismo a ella, cerramos los ojos y empezamos a rezar, nos sabíamos todas las oraciones perfecto porque habíamos arrancado catequesis unas semanas atrás.

Yo pedí muchas cosas: que aquel extraño decida cambiar su objetivo e irse a la casa de uno de mis vecinos, que se arrepienta o que vuelva más tarde cuando ya estén mis papás, ellos iban a saber resolver la situación. Pedí

por ellos, por mis papás, para que lleguen rápido, pedí que la cajera del supermercado haya pasado los productos sin renegar con ningún código de barras, pedí que mi papá maneje más rápido que nunca, que no vaya paseando como solía hacer, pedí que el único semáforo del pueblo esté en verde, que no deje a ningún peatón pasar.

Pedí que si nada de lo anterior funcionaba, que mi gata ataque al extraño, así nos daba tiempo a escapar. Organicé en mi cabeza la huída, íbamos a tener que saltar un tapial, llegar a la casa de mi vecina, explicarle lo que pasaba y llamar a la policía. Pensé qué palabras iba a usar para contar lo que estaba pasando. Pensé en qué estaba buscando este hombre al querer entrar en mi casa, si robar o si llevarnos a Lola y a mí, al pensar esto abrí los ojos de golpe, decidida: teníamos que escapar, todavía teníamos tiempo, el que iba a utilizar el hombre para definir cómo iba a entrar a mi casa, si pateando la puerta principal o rompiendo la ventana.

Miré a Lola y estaba con los ojos cerrados, murmurando cosas que yo no lograba entender. Justo cuando le estaba por decir que teníamos tiempo de huir se escuchó un segundo ruido terrorífico, el de la llave en contacto con la cerradura. Aquel hombre tenía la llave de mi casa, sin detenerme a pensar cómo la había obtenido, volví a cerrar los ojos, y pedí una última cosa: a mis papás.

La puerta se abrió y hubo un silencio que duró mucho tiempo, yo me quedé quieta, creyendo que entre las patas de la mesa y la de las sillas tal vez no me veía. Escuché pasos que se acercaban, que se sumaban con otro par de pasos, no era un hombre, eran dos, dejé de respirar. Y escuché una voz conocida que nos preguntaba qué hacíamos metidas debajo de la mesa. Abrí los ojos y eran mis papás. Sin poder creerlo miré a Lola, ella estaba igual de incrédula que yo: el agua bendita había funcionado.

(...) eso que sentía solo en el pecho, lo empecé a sentir en todos lados.

Lo guardo

Joaquín Barceló

Me siento vulnerable, busco la aprobación de la mayoría. Si hablo con un grupo, voy a quedar mal con "mi" grupo. Si no hablo con el otro voy a quedar mal con los demás. Si digo lo que siento, voy a parecer débil. Si no lo digo, ¿todo queda igual? Si hablo más de la cuenta no me van a escuchar. Si no hablo, me van a mirar con miedo. Si uso algo que me gusta, pero no está a la moda, me lo van a criticar. Si uso algo muy a la moda me van a decir que busco presumir. ¿Qué hago? ¿Me callo? ¿No digo lo que siento? ¿No me muestran? ¿Hago lo mismo que todos?

Sigo; pienso en el qué dirán. Me oculto, pero estoy. Busco a un grupo, para no estar solo. Busco la manera de relacionarme con los demás. De caer bien, sin ser falso. De cambiar mi forma de hablar, mi forma de vestir, mi forma de ser. Pero ¿eso no me hace falso? No lo sé, pero sé que me hace vulnerable. Si alguien se da cuenta de que lo que digo no es real ¿va a verme diferente? ¿Va a pensar que soy una persona en la que no puede confiar? ¿En quién confiaría yo? ¿Confío en mí mismo?

Sigo; busco en los demás aprobación, soy permeable y vulnerable, me da miedo el qué dirán, el qué debo hacer y cómo seguir.

Sigo; camino pensando en qué decir cuando llegue a mi casa con una mala noticia. Cuando lo tenga que comunicar. Lo analizo, lo parafraseo, una y otra vez en mi cabeza. Busco la mejor manera de contarlo. ¿Cambio esta palabra por esta otra para que suene menos grave? Camino y solamente pienso. No miro lo que pasa a mi alrededor. Hago dos cosas, caminar y pensar. ¿Y si no digo lo que pasó? ¿Si me lo guardo? Tal vez no tenga que decirlo. Camino y no miro. Decido no decirlo, y cuando miro, ya es tarde. Escucha el ruido de los frenos. Ya no siento el impacto.

Me oculto, pero estoy.

Aula 103

Camila Acuña

Hoy, martes 23 de mayo de 2023, es el día en que acabaré con mi vida. Con mi vida universitaria, siendo específica.

Eso fue lo que me dije a mí misma cuando atravesé las puertas de la facultad ese martes a las 10:50 para rendir mi primer parcial de Pensamiento Sociopolítico y no recordaba absolutamente nada de todo lo que había estudiado los últimos 15 días.

Mientras cruzaba el hall previo al pasillo del aula 103, analizaba el outfit de mi último día de vida. Había decidido dos noches atrás llevar zapatillas blancas de cuero, unos jeans cargo anchos de color celeste, camisa y chaleco estampado en blanco y negro (al que había decidido cortarle 6 centímetros del largo 20 minutos antes de salir de casa, porque el pensamiento intrusivo de que así me favorecería estéticamente se había apoderado de mi mente).

Para mi sorpresa, el pasillo estaba repleto de gente, el bullicio lo inundaba todo, haciendo que por un instante disminuyera el volumen de mis pensamientos. Me adentré en esa multitud ruidosa preguntándome dónde estarían mis amigas de cursada. Me las topé a unos metros de la puerta del aula, sentadas contra la pared. Las vi tan tranquilas que me pregunté si también debería estar así. Claramente no lo estaba porque no recordaba nada.

El parcial comenzaba a las 11:00 y la espera parecía ser interminable. Faltaban 5 minutos para ingresar al aula y mis amigas intentaban hablarme, pero no podía ser capaz de concentrarme en lo que me decían porque no estaba recordando qué era el salario para Marx y eso estaba comenzando a provocarme ansiedad.

Cuando por fin abrieron las puertas del aula y comencé a avanzar junto con la gente a mi alrededor, me di cuenta de que tampoco me acordaba del proceso histórico de la revolución industrial ¿En qué fecha había comenzado? ¿Cuántos períodos había tenido? ¿Y si me hacían esa pregunta y no me acordaba? ¿Dónde había dejado mi barrita de chocolate anti-ansiedad? No podía encontrarla ¿La había llevado? Y si me la había olvidado, ¿qué iba a hacer? ¿Llegaba al bar a comprar otra? No, ya no llegaba.

Elegí sentarme en un banco no tan al fondo, pero tampoco tan adelante, al lado de las ventanas. La vista tétrica parecía conspirar con el pensamiento de acabar con mi vida: podía decir que combinaban a la perfección. El cielo estaba completamente nublado, de un color gris oscuro, parecía que iba a diluviar y yo seguía sin poder acordarme de nada.

Así que me planteé dos posibles escenarios: el primero es que me dicten las preguntas, las copie y por arte del destino, pero sobretodo fruto de mi proceso de estudio, comience a recordar, no entregue el parcial en blanco y sobreviva. El segundo es que me dicten las preguntas, las copie y no recuerde nada, entregue el parcial en blanco y acabe con mi vida universitaria. Debería abandonar la carrera, mudarme de vuelta a mi pueblo, acostarme cada noche en mi cama y desear que todo hubiera sido una pesadilla, una mala pasada que mi mente había decidido jugarme. Con el tiempo entraría en una gran depresión que me conduciría a perder el interés por todo. Ya no podría levantarme de mi cama antes de que saliera el sol y mucho menos podría salir de casa todas las mañanas para trotar mis 40 minutos diarios en el parque Urquiza. Ya no tendría razones para existir.

En un vano intento de despejar mi cabeza, saqué dos hojas cuadriculadas, dos lapiceras, lápiz corrector, abrochadora, lápiz y goma. Tomé agua y en el fondo de la mochila vi mi barrita de chocolate. Me calmó saber que ahora había una preocupación menos en la lista.

Los profesores comenzaron a hablar, nos comunicaron las reglas del parcial y comenzaron a dictar las preguntas. Copié todas, abrí mi barrita de chocolate y la comí. Leí detenidamente las consignas, miré el cielo a través de la ventana y ya no me parecía tan oscuro, incluso ya no lo percibía tan tormentoso. Tomé mi lapicera, escribí el número uno encerrado en un círculo y comencé a recordar. Escribí todo lo que sabía, todo lo que recordaba.

Terminé el parcial. Firmé debajo de mi última respuesta, junté mis cosas, me paré y lo entregué. Al salir del aula, un militante del centro de estudiantes, me paró para invitarme a un viaje que iban a realizar en el mes de junio. Mientras el chico hablaba, lo único en lo que podía pensar era en lo liviana que me sentía, tanto como si pudiera flotar.

Ese martes 23 de mayo de 2023, no acabé con mi vida, siendo específica, con mi vida universitaria. Al contrario, puedo decir que verdaderamente había comenzado.

Me calmó saber que ahora había una preocupación menos en la lista.

05:57 am

Margarita Arnodo

Unos días atrás, cuando se había dignado a hacer la cuenta, cuatro días de retraso no le habían parecido más que una demora un poco más larga de lo habitual. Tampoco es que era una de esas chicas que tenía la menstruación casi cronometrada.

Una semana ya estaba empezando a ser sospechoso. Con una semana de retraso, y esto era casi científicamente comprobado por todas las mujeres (¿no?), empezaban los delirios. Los bebés e infantes aparecen por todos lados: en videos en redes, en el colectivo, en el parque. Notaba que iba al baño más de lo normal. Estaba hinchada. Dormía mucho.

Al doceavo día se bajó del colectivo cinco paradas antes para buscar una farmacia. No podía ser la del barrio en caso de que la reconozcan y comiencen a correr los rumores. No hay chance, pensaba, pero la poca chance que había le pesaba en la mochila como si estuviera hecha de plomo. Cuando llegó a su casa, la escondió al fondo del tercer cajón.

Recién en el día quince se animó a leer las instrucciones. Tenía la intención de esperar unos días más para finalmente tomarla, para dejar que se calme un poco la paranoia. Cuando se acostó a dormir dio mil vueltas con los ojos cerrados. Cuando los volvió a abrir se quedó mirando el techo unos segundos antes de mirar la hora en la pantalla del celular cargando. 04:44 am.

05:30 am. Después de muchos intentos fallidos para conciliar el sueño, sigilosamente se levantó de la cama para ir al baño. Se acordó de la chance escondida en el fondo del tercer cajón. Lo abrió con cuidado (sabía que tendría que haberla puesto en el segundo, el tercero chirriaba muy fuerte) y se fue corriendo en puntas de pie al baño.

05:45 am. Recién en ese momento pudo hacer pis. No tenía ningún recipiente descartable así que se tendría que arriesgar a meter el palito directamente. Le erró por unos segundos, esperaba que con el resto fuera suficiente. Le puso la tapa. 05:47 am.

Para las 05:50 am iba a tener una respuesta. Le pasaron por la mente todas las cosas por las que iba a tener que pasar: averiguar de cuántas semanas estaba, contarle a sus padres, las miradas raras en el super y el colectivo, las caras de pena, arruinar todos sus planes de vida.

05:50 am. No lo dio vuelta. No podía. Si no se enteraba no iba a ser real. Si no la miraba nada tenía por qué cambiar. En ese tiempo estaba mirando en Netflix "La casa de papel" y en ese momento le vino a la cabeza el monólogo del personaje de Alba Flores, cuando habla de "agarrar al miedo de la mano", así que empezó a juntar valor.

05:51 am. La dio vuelta. Una raya. ¿Una raya? Una raya.

05:57 am. Entendió. Para estar embarazada le había faltado un paso crucial. Salió del baño y cuando llegó al cuarto volvió a guardar la chance en el cajón, esta vez en el segundo.

06:00 am. Sonó la alarma para ir al colegio. Esta vez, con la mochila más liviana.

No hay chance, pensaba, pero la poca chance que había le pesaba en la mochila.

De comunidades y fuegos

Manuel Monsalve

Estoy en Funes. Es una noche de lluvia tempestuosa. Las calles antes de tierra ahora son de barro, los árboles pura agitación, los perros aúllan -desconozco si por temor o por euforia -, los truenos irrumpen en hogares y sueños y el silbido del viento nos hace creer que es capaz de llevarnos a volar.

Muchos duermen sin percatarse, algunos incluso sienten un disfrute particular por el descanso en el temporal. En mi casa no es así, nunca fue así. Desde que tengo memoria las tormentas suscitan el temor de mi madre. -Que el viento, que los árboles, que el ruido, que los rayos- son todas amenazas reales pero que, el resto, creemos lejanas. Son como los truenos en esta noche, inquietantes pero distantes. Pensamos que los desastres nunca nos tocarán pero, sin embargo, la moneda está siempre en el aire y cada tanto sale cara.

El estallido nos despabila el sueño. La luz ilumina las sombras. El humo nos alerta el olfato. Lo que antes estaba mojado ahora está enardecido. Lo que era agua es fuego. Lo que era reproducción es destrucción. El instinto nos hace salir. Queremos creer que no está en casa y que no está cerca. Está al lado, en lo de "La Dire".

Es esa casa donde jugábamos con las chicas - o ellas jugaban con nosotros por ser varios años más grandes -. Esa casa donde vive la directora de la escuela a la que fuimos casi todos en el barrio. La casa que al principio era más bien pequeña y que con tanto esfuerzo creció, sumando habitaciones, llenándose de recuerdos. La casa del nene recién nacido, de la madre primeriza y de la abuela debutante. Esa casa fue la invadida por fuego que bajó del cielo.

¿Qué hubiese pasado si?, ¿y si nos hubiese tocado? Menos mal que, por suerte no. El pensamiento individualista es el primero en aparecer, como si el dolor ajeno nos pasara por el costado. Pero siempre recapacitamos y entonces surgen las dudas sobre el estado de esos vecinos, de esa familia de "la Dire", y renace el compromiso con ese otro. No sé si eso nos define como malos corregidos o buenos confundidos, creo que lo importante es que aún podemos hacer el ejercicio de intercambio del egoísmo a la solidaridad.

Medio en pijama, con el primer calzado que encontramos, las ojeras marcadas, los peinados amorfos vamos saliendo a dar una mano. Intentamos de todo. Mientras un grupo "manguerea" y se da cuenta de que la presión no es suficiente, otros contienen a la familia, llaman a los bomberos o hacen "pasamanos" para rescatar muebles.

Los insultos, ofensas y agravios se arrojan contra el camión bomba. Ya pasaron 45 minutos de la primera llamada de auxilio y recién llega. Los vecinos estamos todos empapados pero, al ver que empiezan a combatir las llamas cambiamos el chip, ahora toca contener a "la dire", a su familia. El lugar elegido es mi casa. El living se llena de sudor, agua y barro pero también de abrazos y llantos compartidos.

Compartimos tostadas, mates, café, lo poco que queda en las alacenas a fin de mes. Mientras charlamos, nos miramos y sentimos la hermandad en la impotencia.

Esto es comunidad, solidaridad. Ya pasaron un par de horas. El bebe me despierta con su llanto de la inevitable siesta. Volvemos a poner la pava para compartir unos mates. El bebe se consuela con la teta y el silencio me invita a escribir sobre el miedo en el nuevo trabajo de redacción.

Lo que era reproducción es destrucción.

¿Qué pensará mi niña interior?

Pilar Montenegro

Doce de la noche. No logro conciliar el sueño. Me muevo de un lado a otro. Me tapo, me destapo. Abro los ojos, vuelvo a cerrarlos.

Comienzo a imaginar escenarios, algo rutinario desde que no logro dormirme. En ese momento, de repente, me encuentro en medio de un escenario gigantesco. Levanto la mirada, las butacas están llenas. Todo el público de pie, algunos con lágrimas de emoción, aplaudiendo. Ahí estoy yo, arriba ese enorme escenario, despidiéndome del público sin poder creerlo.

—¿Cómo es posible que algo que deseo tanto se encuentre tan lejos? —pensé. —¿Por qué a veces es tan difícil lograr lo que uno desea con todo el corazón? ¿Podré alguna vez lograrlo?—. Mi cabeza comienza a atormentarse de preguntas, y el fracaso se torna en el personaje principal de esta historia.

Trato de no pensar, pero al intentar no hacerlo lo único que logro es pensar cada vez más. Cada segundo que pasa hace que me sienta menos segura de mis decisiones universitarias. Tenía muy en claro lo que quería, nunca lo dudé. ¿Estoy dejando ir mis sueños? ¿Dejé de arriesgarme por lo que anhelo desde que soy una niña? O aún peor, ¿estoy traicionando a mi niña interior? A esa niña que, con seis años, decidió empezar teatro.

De repente, en mi imaginación, me encuentro nuevamente yo. Pero esta vez, pequeña. Muy pequeña. Estoy sola, de nuevo en ese gigantesco escenario, aunque ahora, vacío. No oigo aplausos, no veo gente emocionada ni butacas llenas. Pero lo que sí logro ver es a mí misma, completamente sola, acurrucada sobre mis rodillas, llorando. Llorando de tristeza, de bronca, de desesperación. Viendo cómo dejo ir lo que más amo en el mundo. Si esa niña, tan emocionada por entrar a su primera clase de teatro, con una sonrisa de oreja a oreja, me viera hoy, ¿estaría orgullosa de mis decisiones? ¿O me odiaría por no haber elegido lo que mi corazón quería?

Entre tantas preguntas, entre tanta desesperación y miedo por no convertirme en la persona que deseo ser desde que tengo recuerdos, sin darme cuenta, me quedé completamente dormida.

Cuando el ladrido de mi mascota me despierta, miro el reloj: apuntaba a las diez de la mañana. En ese momento agarré mi celular, miré las notificaciones. Mensajes de un número desconocido: "Hola!!! FELICITACIONES pasaste a la segunda etapa del casting de...". Mis ojos se llenan de lágrimas y un escalofrío recorre mi cuerpo. Al final de todo, no estoy tan lejos de mis sueños.

(...) y el fracaso se torna en el personaje principal de esta historia.

De ratón a león

Valentina Alberini

Es mediodía y estoy saliendo de la facultad, con mucha hambre. Antes de subir al colectivo le escribo a mi mamá: "¿Cocino algo?". Se lo envío. Somos muy compinches, y tenemos siempre la costumbre de ponernos de acuerdo en todo lo que respecta a la organización de la comida, porque nuestros horarios siempre están cruzados. En el camino, como buena ansiosa que soy, ocupo mis 30 minutos de viaje pensando en la respuesta. No quería ir a comprar comida si había algo listo para preparar.

Lo primero que hago al llegar a mi casa es mirar mi celular. Para mi sorpresa, mi mamá todavía no leyó mi mensaje. "Seguro está ocupada", pienso. En el momento me acuerdo de que ese día ella se juntaba con sus amigas, y que no comía conmigo, pero igual me parece raro que no conteste, ya que siempre está muy atenta y pendiente de esas cosas.

Lo dejo pasar y me pongo a cocinar. O al menos lo intento porque, para mi sorpresa, no hay absolutamente nada en la alacena. Se me prende la lamparita: a la mañana temprano me había dicho específicamente lo que debía comprar, pero yo no puedo hacer memoria de qué era. Otra vez perjudicada por mi mala atención. Acto seguido, cuando entro a nuestra conversación para preguntarle, porque sabía que era algo muy puntual, veo que en todo ese tiempo ni siquiera se había conectado. "Esto es atípico", pienso. Intento no preocuparme, como haría cualquiera, pero en el fondo sé que eso para mí no es posible.

Un rato más tarde le mando otro mensaje. Ya no me interesa la respuesta en sí, sólo quiero chequear que esté todo en orden. Pasaron 35 minutos y no se conecta hace una hora. Pienso en la cantidad de cosas que pueden haber pasado en ese tiempo.

Una voz en mi cabeza intenta decirme algo, pero yo no se lo permito. — Por algo hacemos terapia, Valentina— me digo a mí misma. Me empiezo a poner un poco nerviosa y respiro hondo para tranquilizarme. Para no perder la cordura, y queriendo ir en contra de lo que me dice esa voz, decido llamarla. Llamo una, dos veces, pero no atiende. Seguro no le pasó nada pero, ¿qué lo asegura?

Mando otro mensaje y ni siquiera le llega. Me altero. En mi cabeza empiezan a correr fotogramas, como si fuera una película, de miles de situaciones que podrían haber sucedido. Todas, absolutamente todas, tragedias.

Pasan 5 minutos y vuelvo a llamar. Al mismo tiempo que llamo, la bombardeo a mensajes. Ahora sí, si el problema es que está lejos del celular es imposible no escucharlo. No obtengo respuestas.

Un fuego en mi pecho me empieza a quemar y mis manos empiezan a sudar. La voz en mi cabeza se convierte en un grito desfigurado. Ya no puedo ignorarla, me está aturdiendo. Esa voz crece, se vuelve más fuerte, poderosa. De un momento para el otro me encuentro esclava de esos pensamientos intrusivos, protagonistas de mis peores pesadillas. Mi corazón se acelera de golpe y mis ojos se llenan de lágrimas. Comienzo a caminar en círculos. De repente siento cómo me empiezo a enroscar en mi misma y el suelo me absorbe, como una raíz que sale de la tierra y tira de mis pies fuerte, hasta lograr desvanecerme. Caigo vencida y comienzo a temblar.

Lo único que deseo es escuchar su voz. En esa desesperación, pasa por mi mente que tengo entre mis contactos el número de Eva, una de sus amigas. Si mi mamá está bien, ella me lo puede decir. Busco. Sus últimas conexiones coinciden... Intento contactarme con ella de todas las maneras posibles: le mando mensajes y la llamo. Es en vano, no obtuve respuestas.

Es el momento de afrontar la realidad: tuvieron un accidente. Sí, no sólo tuvieron un accidente, sino que las dos están muertas.

Mi mundo se cae por completo. Me empiezo a replantear mi existencia entera: mi pasado, presente y futuro. ¿Qué será de mí sin ella? Siempre me pareció algo inimaginable, y sin embargo está sucediendo. Definitivamente es lo peor.

A lágrima tendida, pienso en cómo todo en un abrir y cerrar de ojos ha cambiado para siempre. No tengo ninguna certeza, pero lo sé, en el fondo. Lo sé porque me encargué de decírmelo antes de recibir noticia alguna. Mis voces me lo dijeron. Mi mayor miedo se ha concretado y no me queda más que aceptarlo.

En el clímax del caos, en medio de la tormenta, llaman a mi teléfono: mi mamá, definitivamente viva, y sin saber que en ese ínterin que se despegó de la tecnología, yo ya la había dado por muerta. El alma me vuelve al cuerpo, respiro. Qué reconfortante es escuchar su voz.

Mientras me quedo pensando en cómo mi cabeza transforma a los ratones en leones, otra vez suena mi celular. Es Eva: "No te asustes, las malas noticias llegan rápido".

La voz en mi cabeza se convierte en un grito desfigurado. Ya no puedo ignorarla, me está aturdiendo.

Pensamiento catastrófico

María Emilia Cóccharo

Corre el año 2015, tengo 11 años.

Es un viernes de enero pegajoso en Puerto Madryn. El calor se mezcla con la humedad y el aire se vuelve pesado, parece que hasta cuesta respirar.

Después de dos semanas en la casa de mis tíos, mañana a la mañana nos volvemos a casa, justo cuando el clima prometía.

A las 6 del sábado mi mamá estaba preparando sanguchitos para comer en el viaje mientras mi tío ayudaba a mi papá a cargar el auto. Dijimos nuestras despedidas y partimos.

El día estaba nublado y había refrescado bastante, teníamos las condiciones ideales para viajar. Hasta que, cuatro horas después de salir, empezó a llover. A mi papá le molestaba, porque no le gusta manejar en esas condiciones pero yo encuentro cierta paz en la lluvia, el ritmo de las gotas y verlas correr carreras deslizándose por mi ventana.

Eventualmente la lluvia se puso más fuerte, las gotas ya no jugaban en mi ventana, ya no era divertido verlas deslizarse, porque me golpeaban. La ruta se puso resbaladiza y empezaron los truenos.

Mi papá hizo lo que hace cada vez que necesita concentrarse para estacionar, bajó la música y pidió que nos calláramos. Mis hermanos estaban dormidos, así que yo fui la única en ver la cara de preocupación de mi mamá, mirando a mi papá.

Habían pasado 6 horas desde que salimos, volver por refugio era igual de peligroso que seguir y ver qué nos encontrábamos. La ruta era como la lona con detergente y el auto era yo tirándome de panza en el cumple de Cata 3 semanas atrás.

La lluvia no amainaba, al revés, parecía que cada vez nos golpeaba más fuerte. El auto se sacudía con cada movimiento milimétrico del volante. Un pensamiento atrás de otro me nublaban la mente, hasta que empecé a llorar desconsoladamente y mi mamá me dio la mano, esperando transmitirme un poco de calma.

Yo ya veía mi auto en la banquina, no porque hubiera hecho un pacto de paz con el hecho de que me iba a morir, sino solo porque el pensamiento catastrófico me llevaba a pensar lo peor de la situación.

Miraba a mis hermanos y no podía creer que siguieran durmiendo, tan tranquilos, con expresión pacífica, mientras yo me moría. En ningún momento de esa secuencia mi yo de 11 años consideró que esta historia, junto con la lluvia, tendría un final. El único que creía posible era el mío.

*Un pensamiento atrás de otro me nublaban
la mente, hasta que empecé a llorar
desconsoladamente (...)*

Picnic con amigos

Gina Dantraccoli

Estaba solo, sentado en la manta que había colocado sobre el césped del parque, a la espera de que vengan sus amigos al picnic que habían organizado durante días. Se moría de felicidad por volver a verlos, y contarles todo lo que le había pasado durante estas tres semanas que estuvieron sin verse. Estaba feliz y entusiasmado por esta amistad que se formó, se sentía cómodo con ellos, sabía que nunca lo iban a juzgar y que sobre todo, no iba a ser como sus anteriores amistades en donde siempre al final lo traicionaban para dejarlo nuevamente solo.

Cuando miro en su reloj notó que ya había pasado media hora del horario que habían acordado para encontrarse. Por lo que decidió mandarles mensajes para saber si les había ocurrido algo. No les contestaron ninguno de los dos. En ese instante ya todo pequeño rastro de tranquilidad y calma había desaparecido, pasando a hacer acto de presencia los nervios y la preocupación por sus amigos. Estos sentimientos que se apoderaban cada vez más de él, lo condujeron a deambular por los rincones más oscuros de su cabeza y no dejaban de repetirle que no era que había ocurrido algún problema que los haya atrasado, sino que simplemente se habían cansado de él y de su amistad, y decidieron plantarlo.

Mientras su mirada repasaba cada centímetro de la plaza en busca de algún rastro de sus amigos, de reojo pudo sentir cómo tomaban asiento al lado de él, sus viejos miedos. Llevaban un largo rato sin venir, exactamente el mismo tiempo que llevaba de conocer a sus nuevos amigos. Entre tanto, él, nervioso trató de ignorarlos y seguir con su búsqueda. Pero no podía pasar por alto cómo los temores no dejaban de observarlo con una sonrisa, extasiados de que se estaba volviendo a repetir la misma historia.

Su cabeza se había vuelto un completo torbellino de malos pensamientos entre los que rondaban una y otra vez las mismas incógnitas que ya conocía desde hace tiempo. ¿Qué hice de mal, que no quisieron venir a verme? ¿Ya no les agrado más? ¿Ya no querrán ser más mis amigos? ¿Se cansaron de mí?

Durante esos 5 minutos en los que se perdió profundamente dentro de sus temores, no se percató de que detrás de él, sus amigos cruzaban la plaza corriendo a toda prisa, para encontrarlo y disculparse por la tardanza y su falta de conexión. Un embotellamiento en las calles y la falta de datos en el celular eran los únicos responsables.

(...) de reojo pudo sentir cómo tomaban asiento al lado de él, sus viejos miedos.

Naranja Magma

Josefina Sergiani

Creo que soy una voyeur. O algo así, sacando la parte sexual. ¿Se puede sacar "lo sexual" de esto? Capaz desde otro lugar, con los lentes del goce. No sé. Lo que es seguro es que tengo una obsesión: registrar.

Desde chica me obsesioné con las imágenes. Ya existía internet y me fascinaba googlear imágenes de lo que sea. Incluso antes, con la llegada de Encarta. Lo que más me interesaba era buscar información con el único fin de ver las imágenes. Hasta que mi atención se focalizó en un volcán. Lo recuerdo como si fuera hoy. El magma brotaba desde el centro. Observaba los bordes propios del volcán, algunos puntiagudos y filosos. Negros, muy negros. Otros más gordos, como bolas de roca caliente. Y las grietas color naranja magma que se desplazan por todo el cuerpo del volcán, como várices, ramas encendidas que descienden hacia el choque de temperaturas. Pero había otra cosa que me interesaba de esa montaña sin cima. Quería ver el volcán desde cerca, desde adentro. Quiero ver el magma antes de salir.

Me sentía extasiada por hacer imagen de eso que no podía ver. Mi cabeza estaba bombardeada de supuestas imágenes que intentaban completar ese vacío. ¿Cómo podría ser el interior? Mis imágenes mentales variaban. Me imaginaba el centro con burbujas enormes haciendo glup mientras despedían humo, propias de los dibujitos. Eran las únicas imágenes que erupcionaban de mi mente porque las animaciones que miraba en esa época eran la única referencia posible. Pero necesitaba algo más, una representación más "real", algo más cercano y fiel a ese fenómeno. La imagen, desde entonces en mi historia, empezó a adquirir ese poder icónico irremplazable.

Me perturba y me fascina pensar en hacer imagen absolutamente todo. Cuando me enteré sobre la Inteligencia Artificial y la alquimia que consiste en codificar textos para luego transformarlos en imágenes, no me pareció un proceso para nada nuevo. Yo lo hago cotidianamente. Lo que quiero decir, es que constantemente traduzco todo lo que me sucede en imágenes. Lo que sea. Porque escuché o leí algo, o porque alguna

cosa en particular captó mi atención. A veces surge de sensaciones, de situaciones cotidianas. También cuando busco los espacios no habitados o abandonados de la ciudad, o los no-lugares como los bares, los cines, los cafés. Transito lugares aislados o comunes y en cada una de estas variables, encuentro narrativas ocultas, que luego serán transformadas en fotografía (y últimamente también en video).

Durante mi adolescencia, me acompañó una cámara compacta. Fotografiaba todo lo que se me antepone. Al volver a casa observaba esos conjuntos de píxeles detenidamente, deseando encontrar el color naranja magma intenso. Las editaba. Jugaba con los programas de edición del momento y las transformaba, saturaba, contrastaba. recortaba. A algunas las escribía incluso. Y es así como hasta el día de hoy, 15 años después, me compré una handycam, esas que tienen un zoom de 40x. y descubrí que puedo, de alguna manera, adentrarme en las cosas. Por ejemplo, la vecina de enfrente, que vive en el piso cinco, tiene dos gatas y a las siete y media de la tarde siempre fuma un cigarrillo en el balcón. Es vegana porque nunca cocinó un pedazo de carne. Ah, y se la pasa con el celu. A veces pienso que capaz es una esclava del registro. Saca fotos todo el tiempo con su celular. A sus comidas, a sus gatas, a los atardeceres, a su reflejo en el espejo de su pieza, y selfies (varias por día). Yo le saco fotos a ella, pero en su intimidad. Mejor dicho, cuando ella no quiere que la miren. Lo que más me gusta de la situación es que ella no lo sabe. Nunca lo sabe. Pero yo sí. Y después las miro y busco lo que no me muestra, lo enigmático de sus acciones. Algo así como descubrir lo no contado, lo que esconde de eso que hace, el misterio que no devela, lo que está por detrás, lo subterráneo, el magma aguantando erupcionar.

¿Y si no soy la única que está obsesionada con las imágenes? ¿Y si alguien también me está observando, hurgando en mi interior, en mis paredes, en mis secretos, en mi soledad? ¿Si alguien está viendo lo que yo no quiero mostrar? ¿Puede ser posible que alguien se obsesione con mis bordes, mis límites, mis acantilados? Son preguntas que perturban la mente por las noches, y eso lo sabemos la vecina del quinto y yo.

*¿Y si alguien también me está observando, hurgando en mi interior, en mis paredes, en mis secretos, en mi soledad?
¿Si alguien está viendo lo que yo no quiero mostrar?*

Nostalgia paranormal

Agustín Brondino

La llegada del invierno había logrado algo que sólo sucede en esa época del año en la que el frío te pincha los huesos y el viento congelado te acaricia por la única parte de la cara que está descubierta. La noche se despliega larga y lenta sobre el día, y los primeros rayos de sol empiezan a aparecer a eso de las nueve de la mañana, cuando ya hacía tiempo habíamos entrado al colegio. Todos los años, o al menos desde que éramos adolescentes, cuando se acercaban los meses más difíciles para pasar en el sur, a mis amigos y a mí se nos alineaban las sensibilidades. Nos encontrábamos todos atrapados en el mismo barro de nostalgia, tristeza, confusión e incertidumbre. Era nuestro último año de secundaria y parecía que todo lo que habíamos aprendido había sido inútil para lo que seguía. El futuro nos susurraba en la nuca, era inminente. El miedo cada día que pasaba era más.

Ese invierno había sido especial porque fue el primero en el que nuestra libertad era casi total. Todavía vivíamos con nuestros viejos pero ya no se preocupaban por saber que estábamos haciendo un martes a las tres de la mañana. Por lo que casi todas las noches nos veíamos y conversábamos sobre nuestras más profundas desgracias adolescentes.

El plan siempre era el mismo: después de cenar, pasaba a buscar a todos con el auto de mi viejo, porque era el único que tenía el registro y el que más lejos vivía, e íbamos hasta una playa de piedras en la que podíamos estar estacionados sin que nadie nos molestase ni viese, que quedaba a unos pocos kilómetros de la ciudad.

Una noche especialmente oscura, pasé a buscar a todos y recorrimos la misma ruta de siempre. Después de haber doblado en desvío de ripio, oscuro y sin señalizar que desembocaba en la playa, estacioné el auto y apagué las luces. Hubo un momento de silencio en el que todos nos quedamos contemplando la oscuridad.

La noche ahí parecía no transcurrir, como si el frío hubiese congelado el tiempo y el sonido de un mar que no veíamos completara el silencio, igual

de ruidoso y sepulcral. Éramos nosotros, la niebla fantasmal que brillaba plateada sobre el mar y las ráfagas de viento que nos recordaban que no estábamos solos.

En momentos así, cuando la tensión de la soledad de la playa por la noche se volvía palpable, Pedro nombraba el Espíritu de la Vieja. Una leyenda urbana poco fundamentada, sobre el fantasma de una señora que había sido grabada por unos corredores en un rally. Ni siquiera había pasado en nuestra ciudad, sólo conocíamos la historia por el tenebroso video de internet. Pero la noche en un paraje desolado hacía la historia más cercana.

Ese tema siempre era discusión en mi grupo de amigos porque el contexto ameritaba temerle a espíritus sobrenaturales. Marina le dijo a Pedro que se calle, que ya sabía que nos daba miedo. Yo no le prestaba atención porque a él le gustaba molestar a las chicas, pero igual estaba re cagado. Me tenía que mantener cuerdo porque era el conductor.

Después de unos comentarios y otras risas, la situación se había distendido y nos habíamos olvidado de todos los fantasmas que nos perseguían. Los vidrios empañados por el calor corporal, la música y el humo que nos rodeaba, eran un campo protector en el que sólo podíamos convivir nosotros y, sólo si los dejábamos pasar, nuestros miedos adolescentes. La risa de Marisol no nos dejaba escucharnos y cada vez estábamos más lejos de, en algún momento, dejar de reírnos. Hasta que la música se apagó de repente y el silencio invadió el ambiente en el que estábamos. Todos nos quedamos callados.

“Es por la batería” aclaré mientras ponía la música de vuelta y bajaba la ventana porque nuestro ambiente, en silencio, no era más que tufo.

Las chicas volvían a retomar sus chistes donde los habían dejado y yo trataba de disfrutar el fresquito que entraba por la ventana cuando escuché un grito ahogado que venía desde la oscuridad. El sonido estaba tan cerca que no podía ser que quien lo haya provocado esté a más de un metro de mí. Me había quedado helado. Las risas del asiento de atrás no habían parado, así que supuse que nadie más había escuchado el grito. Con cada músculo del cuerpo tensionado, disimuladamente empecé a cerrar la ventana y a arrancar el auto para irnos. Giré la cabeza hacia Pedro y su mirada reflejaba el miedo de igual modo que yo lo estaba sintiendo. Ambos habíamos escuchado lo mismo.

El primer intento de arrancar el auto falló. No quería estar más en el medio de la nada. Para el segundo, la fuerza con la que había apretado el embrague había sido demasiada. Estaba repasando cuáles eran las curvas que tenía que tomar para llegar a la ruta y volver a casa. En el tercero, temía por el momento en el que las luces se prendieran. No quería imaginar lo que se escondía en la inmensa oscuridad.

Giré la cabeza hacia Pedro y su mirada reflejaba el miedo de igual modo que yo lo estaba sintiendo.

¿Pero mañana?

Lucía Naserala

Ayer me despertaba a la una de la tarde y mis viejos se enojaban porque no hacía "nada", me decían que cuándo iba a vivir, que por qué me tenía tan abandonada siendo una piba tan joven. Tapaba con horas de sueño la sensación de vacío que me generaba el aburrimiento de las vacaciones y el no tener un propósito que me motivara.

Dormía más tiempo del que estaba despierta, dedicaba todo mi día a estar detrás de una pantalla, ya sea viendo series o consumiendo redes sociales. De esta manera vivía vidas que no eran mías y evitaba enfrentar la propia de todas las maneras posibles.

Hacía el conjunto de cosas que mencioné anteriormente mientras mis amigas se juntaban, ellas hacían planes y me invitaban, pero yo elegía no ir. Me seguía hundiendo en el mismo pozo de siempre, del cual había logrado salir miles de veces, pero en el cual me continuaba sumergiendo constantemente.

Todo se convirtió en rutina, en una constante monotonía de ocio. Eran todos los días iguales y no sentía más esa emoción de que arranque un día nuevo, de querer saber qué iba a pasar mañana.

Sin embargo, hoy es todo totalmente diferente. Me levanto temprano para afrontar un día lleno de actividades que me generan la sensación de productividad. Me dedico a estudiar, a cursar, a cocinar, a planificar mi semana y hasta a hacer ejercicio, cosa totalmente impensada por mi yo del pasado. Me voy a dormir contenta de todo lo que estoy logrando, de cuanto avancé.

La gente a mi alrededor se sorprende de cómo cambié en cuestión de unos pocos meses, la verdad es que ni yo me reconozco. De esta manera me doy cuenta de la impermanencia de las cosas, hoy puede ser algo, ¿pero mañana? Nadie sabe, ni el psíquico más experimentado.

Una constante incertidumbre me atraviesa todos los días. No tener certeza de qué va a pasar en el futuro, el miedo a lo desconocido. ¿Qué va a suceder en uno, dos o cinco años? Tengo clarísimo que hasta en tan solo días todo puede cambiar todo de repente. Eso es lo que no

me deja tranquila. Hoy arranqué la facultad, hockey, cambié mi vida drásticamente, pero ¿voy a poder mantenerlo en el tiempo?

El problema es que yo construyo ese futuro que tanto me atormenta, lo que me genera una mezcla de emociones, entre calma y desesperación, cosas que son totalmente opuestas. Siempre digo que fluyo con el cambio, pero solo lo digo para autoconvencerme de que lo hago.

Hoy estoy bien, ¿pero mañana? ¿Qué me asegura que mañana va a ser igual o mejor? La incertidumbre me carcome, yo dejo que lo haga. Aprender a sobrellevarla, de las cosas más difíciles que tuve que enfrentar.

Logré llegar hasta acá, entera, me construí yo sola con mucho esfuerzo, ¿pero y mañana? ¿Si aparece algo que me desarma nuevamente? ¿Todo este esfuerzo fue momentáneo, en vano? No lo sé, jamás lo sabré, aferrarme al presente es la única solución que encuentro.

La incertidumbre me carcome, yo dejo que lo haga.

Una cena inocente en lo de Juan

Camila Arroyo Gordillo

Es de noche y estoy por comer con mis amigos. Hoy vine a lo de Juan. Hacía mucho tiempo que no lo veía y que no hablaba con él. Apenas entré lo noté un poco apagado pero no quise preguntarle para no quedar tan metida.

-¡Qué casita ligaste Juanchu!- le grita Santiago desde el parrillero.

-De una, tenés que invitarnos más seguido. Quizás podemos decirle a los chicos de futsal también- añadió Facundo mientras se preparaba un fernet.

Juan ni les contestó y se metió en la cocina a preparar la ensalada.

-Che yo no lo veo bien a Juan. Hace rato que está medio decaído, un poco triste. No sé si me explico- digo un poco preocupada.

-¿Será porque cortaron con Vicky?- pregunta Elisa y reparte los platos.

Valentina iba a contestar pero Santiago nos grita que ya está por servir el asado. Todos cuentan lo que hicieron en la semana, menos Juan, aunque nadie le da importancia.

Después de un rato de risas y chismes, terminamos de comer y voy a lavar los platos. Celina todavía no llegó y me empiezo a preocupar porque Pueblo Esther no está tan lejos de la zona sur de Rosario.

-Capaz no quiso venir- me dice Santiago mientras seca los platos-

Si viene literalmente va a llegar para el postre.

Valentina abre el freezer en busca del helado y lo cierra de un golpe. Con Santi nos damos vuelta y la miramos. Valentina parece asustada. Abro el freezer y me encuentro con unas estatuas de yeso de baphomet. Antes de seguir examinando, escuchamos un grito ahogado.

Salimos corriendo de la cocina y al llegar al patio, vemos a Juan parado y en silencio mirando a un punto fijo. Elisa y Facundo convulsionan en el suelo

y Valentina empieza a pedir ayuda a los gritos. Santiago agarra a Juan de la campera y le pregunta qué les hizo a nuestros amigos. Me arrodillo al lado de Facundo y trato de agarrarle el rostro entre mis manos pero ya es tarde porque mi amigo deja de convulsionar y también de respirar.

Por un momento, mi cabeza trata de procesar todo lo que está pasando y mi cuerpo se queda entumecido. Juan decide hablar y lo que me dice me deja aún más helada.

-Victoria no me dejó. La maté porque creí que me había hecho un amarre. Pero uno no puede matar a una bruja así porque sí. Todavía vive conmigo. La escucho por las noches, me cuenta cuentos de ultratumba y me canta canciones en un idioma ininteligible para ustedes. Yo creía que no la amaba pero cada día siento más devoción por ella. Solía pensar que la muerte era horrible, que los bichos te comían los ojos y que nuestros huesos se convertían en podredumbre. Pero es algo mucho más que eso. Es entregarse a la ruidosa oscuridad. Y yo planeo entregarle a mis más queridos amigos. La amo tanto que entregaría todo por ella.

Juan se saca la remera manga larga y muestra su cuerpo lastimado, lleno de dibujos y runas negras. Me estremezco al darme cuenta que esto es casi como las películas de terror a las que tanto les tengo miedo y agarro a Valentina para salir corriendo. En la corrida hasta la portón, alcanzo a escuchar a Juan que me grita:

Feliz día de los inocentes, Lu.

Y a mis amigos reírse a carcajadas.

Me estremezco al darme cuenta que esto es casi como las películas de terror (...)

Rompecabezas

Chiara Alessandri

Cap. 1: Arrayan

Nací, crecí y me formé. A mi vida llegaron personas que cortaron mis raíces, que secaron mis flores. Temí al pensar que mi esencia se podía perder. Pasé por lugares que cambiaron mi existencia. Procesos largos y nuevos caracterizaban mi vida. Hice amigos con los que aún convivo. Me llevaron a lugares donde sentí que me miraban, me analizaban. Distintas personas evaluaban si valdría la pena tenerme con ellas. Se desarrolló en mí un miedo que agotaba mi energía vital: que me no me quieran.

Un día la suerte me eligió: una familia me explicó que yo era ideal, que querían vivir conmigo y así fue.

Desafortunadamente el miedo a que me reemplacen me sigue acompañando. Siento que diariamente ato a las personas a estar conmigo. Como consecuencia, creo que a veces les hago daño a quienes quiero. Este miedo me dice 'quizá sin vos estarían mejor, si no estuvieras ahí: quieto, cómodo y siempre disponible, no perderían el tiempo tomando siestas sobre tu almohadón, procrastinando sus deberes y sintiéndose miserables'. Yo pienso y pienso: el día que me abandonen y deje de ser sillón ¿qué seré?

Le temo al cambio, le temo a no poder controlar mis circunstancias.

Cap. 2: Sombra

No sé bien quién soy, de dónde vengo, por qué estoy acá.

Me suelo aferrar a las personas que tengo alrededor con tanta fuerza que llego a romperlas. Me han dicho que soy una buena compañía, de esas que siempre están, aunque no lo pidan.

He sentido, sin embargo, que me desprecian, me odian y me quieren

lejos. Mi objetivo es hacerle entender a la sociedad que no todo es color de rosas.

Recuerdo bien el día en que me senté al lado de una niña que parecía muy feliz. En su mirada, una mezcla uniforme de asombro y terror: 'bueno che, no soy tan repugnante' bromeé. Pero a ella no le hizo gracia. Desde ese día soy público fiel en su vida. Confieso que a veces dejo de ser público para convertirme en protagonista. Me entrometo en su camino, le lleno la cabeza de tonterías.

Nos estamos amigando de a poco. Ella tiene hoy 18 años y habla sobre mí en su diario íntimo. Una vez, me escabullí entre aquellas hojas y pude leer 'Había una vez un miedo que se sentó al lado de una niña porque tenía miedo a estar solo'.

Cap.3: Luz

Mi familia compró ese sillón un lunes 8 de mayo de 2016. Lo acomodaron en la esquina de mi habitación, pero realmente nunca lo usé. Noté que el miedo a salir de mi zona de confort se sentó en él, susurrando continuamente que yo no era suficiente. Intenté callarlo, ignorarlo. Lo maltraté y me puse a su servicio incontables veces.

Hasta que un día se me ocurrió una ingeniosa idea: invitarlo a dormir conmigo. Tratar de convivir con él podía parecer un plan descabellado. Él también estaba impactado. Al principio fue incómodo: ninguno sabía bien qué lugar de la cama ocupar, temíamos patear al otro estando dormidos, terminar en el suelo. Nos fuimos habituando con el pasar de los días. Nos hicimos preguntas, caímos en cuenta de que, de hecho, nos agradábamos. A la larga nos amigamos y de a poco aquella sombra fue volviéndose cada vez menos oscura, hasta desaparecer.

Lo cierto es que estoy llena de miedos. Me encuentro en aquel árbol que le tiene miedo al cambio y a perder su esencia. Soy ese sillón que siente pánico al no tener su vida bajo control, al ser descartado. Soy el miedo que le tiene miedo a estar solo y soy también aquel que me invita a quedarme en mi zona de confort, casi como si fuera el único lugar en el mundo en el que estoy segura.

Mis miedos me paralizan: su función principal es protegerme de hacer locuras. Después de mucho dialogar con aquellas sombras he entendido que si logro dar con sus raíces, estas se disipan. Es mi forma de liberarlos y fundamentalmente, de liberarme.

*Este miedo me dice
"quizá sin vos estarían mejor" (...)*

Sin salida

Bárbara Vázquez

Esto ya se está poniendo aburrido, me digo para mí misma. Quién iba a pensar que tardarían tanto en encontrarme. Es tanto el aburrimiento que después de esperar unos minutos más, decido salir de mi escondite. Pero como mi suerte es nula y no sería yo si algo no me pasara, las puertas del ropero deciden no abrirse. Literalmente están trabadas y en lo único que puedo pensar es que el gran ropero en el que me metí ya no es tan espacioso. De hecho y como si fuera poco, las cuatro paredes comienzan a encerrarme, como si quisieran juntarse las unas con las otras, dejándome así un muy pequeño espacio en el que tengo que sentarme y juntar mis rodillas al pecho. Y es recién ahí cuando me doy cuenta de que aquí vamos de nuevo. Hace mucho que no sentía esa opresión en el pecho, ni los nervios o la ansiedad desesperante. Pero como sé que hay personas que no les pasan estas cosas voy a tratar de ser un poco más específica con lo que me pasa. Es como llevar una mochila llena de rocas en la espalda. Como si algo o alguien los agarrara de los hombros y los empujara hacia abajo queriendo que caigan al suelo. No, perdón, en realidad es como si quisieran que lo atravesaran y llegaran aún más abajo.

No dejaba de pensar en que estaba entrando en ese lugar que ya conocía y que me aterraba. Si tendría que describirlo usaría solo una palabra, oscuridad. Esto es peor que bajar al sótano en una película de terror, sabes que no debes hacerlo, pero lo haces. Lo que trato de decir es que soy tan estúpida como las protagonistas de esas películas, o tal vez más porque esto es la vida real. Lo peor es que me sentía sola, aunque no lo estaba. Recuerdo sentir pasos merodeando el lugar, oír voces. De hecho, en más de una ocasión sentí gritar mi nombre, a mis primos diciendo una y otra vez que el juego había terminado y que estaban cansados de buscarme. Quise responder, juro que quise hacerlo. Pero el miedo, y hablo de ese miedo que te paraliza, el que te pone la piel de gallina, me lo impidió. Mis labios estaban sellados. No me di cuenta que estaba llorando hasta que una lágrima se deslizó por mi mejilla hasta caer y aterrizar en mi brazo. No soy consciente del tiempo que he estado aquí, supondría por lógica que no se pasaría de los diez minutos, aunque para mí ya hace una semana que estoy encerrada. ¿Por qué nadie me encuentra? Tan difícil

es donde me escondí, es decir, el ropero sería el primer lugar en el que yo buscaría. En definitiva, tenía que lograr que alguien me sacara de ahí, pero cómo, no podía moverme ni mucho menos gritar estaba anclada de pies a cabeza.

Y de repente, como si dios me hubiera escuchado, la luz de la habitación se encendió, alguien estaba aquí y decía mi nombre. Inmediatamente la reconocí como la voz de mi madre.

-Mamá, estoy aquí, sacame - grité, pero lamentablemente lo hice dentro de mi cabeza. Yo rogaba que por alguna razón decidiera investigar el ropero, pero ella no pensó igual que yo. Apagó la luz y siguió con su búsqueda en otro lugar. Podía escuchar cómo se alejaba hacia la habitación continua. Mis opciones se acababan, tenía que lograr hablar o, aunque sea hacer algún ruido, llamar su atención. Respiré profundo y saqué la cabeza de entre medio de mis piernas. Podía hacerlo, esto no me ganaría, con la mano derecha golpeé la puerta del ropero tan fuerte como para que me escucharan y lo hice tantas veces que por fin vinieron a mi rescate. La luz volvió a encenderse y yo no paraba de golpear hasta que por fin las puertas se abrieron. Hay dos cosas de ese día que jamás podré olvidar, en primera el rostro de mi madre al verme, reflejaba pura y real preocupación. De esa que solo sienten los padres. Lo que más me reconfortó fue el abrazo que vino después, limpió mis lágrimas y me sacó de ahí. No pude haber agradecido tanto el hecho de que ella me encontrara, no sé si les pasó, pero en esas situaciones por los menos yo solo necesitaba a mi mamá. Luego de que todo pasara vinieron algunos retos, es entendible, yo misma me puse en esa situación. La segunda cosa que nunca pude olvidar es esa sensación de libertad. Cuando se abrieron las puertas sentí que el oxígeno volvía a mis pulmones y que al fin podía respirar.

No dejaba de pensar en que estaba entrando en ese lugar que ya conocía y que me aterraba.

Soledad inadvertida

Carlos Bottini

Desde que tengo uso de razón y de mi inteligencia he podido ser testigo de la destrucción masiva de mi país. Es en todos los sentidos y progresiva, a cada instante. Es una constante incertidumbre predecir qué es lo que sucederá. Lo que es casi seguro, es que tan bueno no será. Esta situación ha hecho que crezca con un persistente miedo y ansiedad al pensar en planes futuros, en proyectos y en deseos personales, porque todo esto se vuelve vulnerable ante la realidad.

Esta historia la pudiera comenzar desde mucho atrás, sin embargo, creo que su punto más álgido fue en el año 2017, cuando como país nos encontrábamos en el peor momento de nuestra historia: aparte de todas las cosas, presenciar como todos tus amigos junto con sus familiares y maletas llenas de recuerdos se iban a distintas partes del mundo es una de las sensaciones más tristes que me ha tocado vivir en mi vida. Es un duelo distinto al que normalmente estamos acostumbrados a sentir. Es un duelo impuesto, injusto, de mucha impotencia e incierto, porque todos los días podías recibir la noticia de que alguien cercano a ti también se podía ir.

Es peor aún cuando se trata de tus seres queridos más inmediatos: la fractura y el desmembramiento de las familias venezolanas era algo totalmente desconocido para nosotros, ya que, la unión familiar es parte de nuestra idiosincrasia y años atrás, éramos nosotros quienes nos encargábamos de recibir con los brazos abiertos a personas de distintas partes del mundo que querían formar una familia y tener una vida digna. Pero así es la historia, impredecible, y lamentablemente a mí me tocó vivir esta etapa de ella.

Este año me tocó emigrar a mí, con el propósito de poder realizar mis estudios universitarios ya que en Venezuela o es muy costoso o te inscribes en una universidad pública que está sujeta a constantes paros o corrupción. Lo que no tenía presente ante mi decisión era esta soledad inadvertida que hoy en día azota a la población venezolana dentro y fuera del país, y de la que muy poco se habla. Tratamos de hacer nuestras vidas con la compañía de la sombra de la soledad a nuestro lado, porque es que el cariño y la compañía de la gente que amamos es algo definitivamente irremplazable.

Y es precisamente ahí cuando surge el miedo: siempre te preguntas si vale la pena perderte de momentos especiales con tus seres amados, ¿y si le pasa algo a mis padres? ¿Cómo soportaría algo así? ¿Y si es al revés, que me pase algo a mí, yo solo, sin nadie a mi lado y mi familia lejos y regada? ¿Cómo lo enfrentaríamos? ¿Cuándo volveremos a estar todos juntos? ¿Es un día más o un día menos? ¿Podré adaptarme a una nueva cultura? En fin, son estas y muchas más preguntas las que rondan mi cabeza todos los días y me hacen sentir un constante temor sobre el futuro y mis decisiones.

Sin embargo, si algo me ha enseñado toda esta situación a lo largo de mi vida es que Dios les da las peores batallas a sus mejores guerreros, y que además de eso él no le da sueños equivocados a nadie. Hoy en día estar aquí en Argentina en mi computadora escribiendo esto como una tarea para mi carrera de comunicación social es una realidad que meses atrás era un gran sueño, un gran sueño por el que luché y trabajé incansablemente con mis manos para poder verlo cristalizado y es uno de los tantos motivos que me sirven para demostrarme a mí mismo de qué estoy hecho y de lo que soy capaz de lograr.

Aunque esta soledad inadvertida forma parte ahora de mi nueva realidad, estoy consciente de que es parte también de mi proceso de crecimiento personal al que yo mismo me sometí. Sé también que se me hace difícil porque apenas es el comienzo de esta larga aventura. Aunque tiendo a desesperarme, tengo la convicción y la fe de que pronto podrá ser más llevadero esto que siento ahora. Mientras, enfrento, abrazo y resuelvo mi realidad como toda la vida he estado acostumbrado a hacerlo porque de nada vale quejarme por lo que vivo.

El miedo siempre estará, es inevitable no pensar en que algo malo le pueda suceder a tus seres queridos o preguntarte cuando será el día que finalmente nos volvamos a reencontrar, pero creo que al final esto es parte del sacrificio que tengo que hacer para poder ver otro de mis grandes sueños materializados: graduarme de comunicador social de la República Argentina. Mientras esto sucede, en paralelo junto con mi familia trabajamos por un próximo reencuentro a fin de año si Dios quiere y lo permite. Porque la vida se trata de esto, de luchar por nuestros sueños a pesar de las adversidades, porque nada ni ninguna circunstancia es impedimento para lograr algo cuando lo deseamos profundamente desde el corazón.

Así es la historia, impredecible.

Indómita luz

Emma Sprenger

Lunes 22 de enero de 2018. Nos es imposible olvidar ese día. Nuestro viaje seguía rumbo a Misiones, pensábamos quedarnos allí unos días para conocer las Cataratas del Iguazú, luego de haber pasado unas increíbles vacaciones en Brasil. Nos quedaba de paso, después de esa visita volveríamos a Buenos Aires, a casa.

Habíamos viajado en el Toyota Corana, un auto bastante antiguo pero, como diría mi madre, “un caño”. Si bien el Toyota era muy cómodo, fue un viaje larguísimo: 27 horas interminables y más aún para mí y mi hermano, dos adolescentes de 14 y 16 años bastante impacientes.

Esa mañana salimos muy temprano desde Barra da Lagoa, despedimos a los dueños de la casa que alquilamos —una pareja de ancianos muy agradables— y emprendimos viaje. La idea era estar en la frontera Brasil-Argentina antes del atardecer. Mi papá había planificado ir por una aduana no muy conocida, que no era tan rigurosa con el control y, por lo tanto, nos permitiría pasar más rápido.

Era realmente horrible: todo era gris, viejo y oxidado, tierra de nadie. Lo único que se veía era un par de estaciones de servicio abandonadas. Así me imaginaba el fin del mundo. Finalmente, la cruzamos. Continuamos viaje siguiendo las indicaciones que nos marcaba el GPS. No conocíamos el recorrido, pero era entendible.

Y entonces se hizo la noche. Eso significaba que faltaba poco para estar en el hotel, ubicado, más o menos, a unos 55 kilómetros. Estábamos agotados y lo único que pensábamos era en qué íbamos a cenar.

Entonces nos encontramos con algo inesperado. La ruta se terminaba y continuaba un camino de tierra unos 50 centímetros por debajo del nivel del asfalto. Nos detuvimos. Por unos minutos nadie dijo nada, ni una sola palabra. Miramos el GPS. La pantalla mostraba un punto que representaba al auto, el camino recto que teníamos delante de nuestros ojos y todo verde alrededor.

Mis padres comenzaron a discutir si seguir por ahí o dar media vuelta y encontrar una ruta alternativa. Sin embargo, mi padre, un hombre

de naturaleza terca, aceleró y nos adentramos en ese sendero de tierra rojiza.

Todo era oscuridad. Las únicas luces eran las del auto. La tensión del ambiente era desgarradora. No había nada ni nadie. Nos rodeaba la selva. Íbamos despacio. Cuando ya llevábamos unos quince minutos recorriendo ese sendero, sin esperarlo, a un costado de la senda visualizamos un cartel: Reserva Natural "Parque Nacional Iguazú" y a los pocos metros, otra señal: "Cuidado con los animales", junto a la ilustración de un yaguararé.

Estábamos aterrados, se respiraba y olía el miedo. No sabíamos cuando terminaría esta tortura. El camino parecía no tener fin, el tiempo no pasaba. Sin dudas era una escena de terror.

Mi madre comenzó a lamentarse. Rezar y tratar de mantener la calma era lo único que nos quedaba. Todo parecía perdido, hasta que en el horizonte apareció un débil destello, una luz. Inmediatamente vimos el GPS, y para nuestra suerte la imagen había cambiado. Al costado ya no se veía verde sino pequeños caminos que se dirigían hacia el mismo sentido que nosotros.

Todo terminó. Sentimos alivio y el alma nos volvió al cuerpo.

Hoy, unos años después de todo lo sucedido, me encuentro escribiendo esta historia y me doy cuenta de algo: quisiera volver, quiero ver que se esconde detrás de toda esa oscuridad.

Así me imaginaba el fin del mundo.

Un futuro sin recuerdos

Cristian Andres Ayala Quintero

Si bien creo que comparto la mayoría de los miedos que tiene mi generación acerca del futuro y la incertidumbre que este nos genera, también hay algo que me preocupa desde hace mucho tiempo, aunque es cierto que es bastante improbable que me suceda.

En 2017, volví a visitar el pueblo donde crecí. Cuando era pequeño, conocí a una señora muy amable que siempre me saludaba de camino a la escuela y que de vez en cuando me compraba regalos. Cuando fui a saludarla, ella no me reconoció, pero no solamente porque habían pasado muchos años desde la última vez que nos vimos, sino porque algo le afectaba. Confundió a mi padre con su nieto, no podía salir sola de su casa porque se perdía, olvidaba a su propia hija e incluso era incapaz de moverse dentro de su casa.

Al leer las novelas de Lovecraft o al ver series y jugar videojuegos basados en ellas, me di cuenta de algo que seguramente ya es conocido: la locura es un tema recurrente en ellas. Si bien no nos volveremos locos por seres extraterrestres de inmenso poder y aspecto indescriptible, podemos relacionarlo con el mundo real. Lo más similar en lo que puedo pensar es en el Alzheimer. De la misma manera que en esos cuentos de horror, la persona que sufre esta condición va cayendo lentamente en un agujero cada vez más profundo del cual es cada vez más difícil salir. No solo deja de reconocer a los demás y al entorno que le rodea, sino que también llega a desconocerse a sí misma.

Desde hace mucho tiempo, comencé a pensar que olvidar las cosas era uno de mis mayores miedos, incluso más que quedarme solo o más que la muerte. No hablo de olvidar cosas como "oh, entré a la habitación y me olvidé de lo que venía a buscar" ni tampoco de ser olvidado por la gente. Hablo de llegar al punto en el que no recuerde nada sobre mi vida, mis momentos más felices o más tristes, mis seres queridos o las cosas que me apasionan.

Obviamente, no podemos permitir que el miedo nos controle, y más aún si se trata de algo que no podemos controlar, algo que puede sonar irracional y que tampoco sabemos si sucederá. Entonces, ¿cómo puedo luchar contra este miedo? Pues yo lo hago recordando algo de un episodio de Los Simpson donde, al final, un Bart anciano abrazaba una foto en la que estaba divirtiéndose con su familia. Guardar en fotos mis momentos más especiales con mis seres más cercanos y queridos, e incluso momentos de una tranquilidad más pasajera como un lindo paisaje o un café al que le encuentre algún significado, esto se convirtió en mi herramienta para no olvidar y para dejar de temerle a ese futuro sin recuerdos.

(...) va cayendo lentamente en un agujero cada vez más profundo (...)



Relatos
sonoros

Relatos que se escuchan

Algunos de los relatos de este libro fueron narrados por sus propios autores. Se pueden escuchar en los siguientes enlaces, escaneando los códigos QR o en Spotify.

5:57am



Escuchar

Agua Bendita



Escuchar

Aula 103



Escuchar

De comunidades y fuegos



Escuchar

De ratón a león



Escuchar

El control del miedo



Escuchar

El miedo a mis miedos



Escuchar

El país de Nunca Jamás



Escuchar

Ella o la soledad



Escuchar

Julieta y yo antes de morir



Escuchar

Mi miedo particular



Escuchar

Miedo a que mi refugio deje de estar



Escuchar

Nostalgia paranormal



Escuchar

¿Pero mañana?



Escuchar

Picnic con amigos



Escuchar

¿Qué pensará mi niña interior?



Escuchar

Sin salida



Escuchar

Soledad inadvertida



Escuchar

Un futuro sin recuerdos



Escuchar

**Una cena inocente en
lo de Juan**



Escuchar

Estos relatos también se encuentran en una lista de reproducción de Spotify. Se puede acceder a ellos escaneando el código (desde la aplicación, usando la cámara en el campo de búsqueda) o haciendo clic en el enlace a continuación.

Escuchar en Spotify la lista completa de relatos



Otros miedos

Docentes, nodocentes y autoridades de la UNR y de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales se sumaron a contar con sus propias voces cuál es su miedo.

Mariela Daneri (Docente)



Escuchar

Marina Villarreal (Nodocente)



Escuchar

Paula Contino (DDHH UNR)



Escuchar

Matías Ciardullo (Nodocente)



Escuchar

Cintia Pinillos (Decana)



Escuchar



Autores

Relatos

Acuña, Camila
Alberini, Valentina
Alessandri, Chiara
Arnodo, Margarita
Arroyo Gordillo, Camila
Ayala Quintero, Cristian
Balaz, Solana
Barceló Joaquín
Bartomioli, Julia
Belardinelli, Marina
Bottini, Carlos
Brondino, Agustín
Bugatti, Santino
Cabruja, Valentina
Cattaneo, Lola

Caruso, Tomás
Cóccaro, María Emilia
Dantraccoli, Gina
De Leo, Sofía
Lattuca Belén
Meyer, Nicolás
Monsalve, Manuel
Montenegro, Pilar
Naserala, Lucía
Reciuto, Camila
Risoglio, Olga
Sagripante, Candela
Sergiani, Josefina
Sprenger, Emma
Vázquez, Bárbara

Relatos sonoros

Acuña, Camila
Alberini, Valentina
Arnodo, Margarita
Arroyo Gordillo, Camila
Ayala Quintero, Cristian
Bottini, Carlos
Brondino, Agustín
Bugatti, Santino
Cabruja, Valentina
Caruso, Tomás

Cattaneo, Lola
Dantraccoli, Gina
Lattuca Belén
Meyer, Nicolás
Monsalve, Manuel
Montenegro, Pilar
Naserala, Lucía
Reciuto, Camila
Risoglio, Olga
Vázquez, Bárbara



**BIBLIOTECA
TEGECATINA**
DR JUAN ÁLVAREZ

**50
FCPOLIT**

**EXTENSIÓN Y
VINCULACIÓN**
ACCESIBILIDAD Y CONVIVENCIA